

BOIS LIBROS
MASA

TERROR

BAJO LA FRÍA LAPIDA

Frank
Martin



TERROR &



© **FRANK MARTIN 1976**

Derechos reservados por:
EDITORIAL ANDINA, S. A.
Polígono Industrial de Pinto
PINTO (Madrid)
Director responsable:
Gregorio Ovejero
Publicación semanal
Aparece los viernes

I. . B. N. 84-06-00575-0

Depósito legal: M.42.226 - 1976

Printed in Spain

LITOPRINT, S. A.

Villafranca del Bierzo, 32

Fuenlabrada (MADRID)

TERROR

**BAJO
LA FRIA
LAPIDA**

**Frank
Martin**



**EDITORIAL
ANDINA, S.A.**

Todas las situaciones, personajes y entidades de esta novela son producto exclusivo de la fantasía del autor, por lo que cualquier semejanza con hechos actuales o pasados será mera coincidencia.

CAPÍTULO 1

B

OB Harrison conducía mecánicamente, con el ceño fruncido y un cigarrillo humeando en la comisura de los labios. El calor agobiante caía sobre él, haciendo que de vez en cuando lanzase una maldición entre dientes.

El sudor corría por su cuello, a pesar de que el pequeño ventilador instalado en el salpicadero del coche funcionaba a toda marcha.

—¡Vaya infierno!

El ardiente sol caía a plomo sobre el desierto y tostaba a fuego lento la pequeña ciudad de Playwood, extendida en aquella especie de valle seco y sediento, rodeado de colinas amoratadas y resquebrajadas por la falta de agua.

Los cactus eran los únicos seres felices con la temperatura. Indiferentes al fuego que bajaba del cielo, erguían su silueta recta y de mil formas distintas, proyectando hacia lo alto los erizados brazos.

Algún saguaro crecía desafiando la naturaleza y prestando exigua sombra a su alrededor. Matorrales secos y espinosos eran el único adorno de aquella tierra que parecía haber sido puesta allí por Dios como antesala del infierno.

Por la carretera del norte, que serpenteaba entre las colinas, daba tumbos el “Ford”, cuyo color había desaparecido tapado completamente por una capa amarillenta y adherida de polvo reseco como una costra.

Daba la sensación de haber recorrido un largo trayecto.

Al llegar a la cima y aprovechando un recodo en donde el sol era detenido por las rocas, que allí formaban como una volada sobresaliendo por encima de la carretera, el conductor paró el coche y contempló el valle que se extendía debajo de él.

Playwood.

Sí.

Bajo aquel sol de justicia, todo lo que se extendía bajo su vista parecía la antesala del infierno.

Dejó el coche aparcado convenientemente, a un lado de la carretera, y

se apeó, bajando por el terraplén y encaminándose decididamente hacia el poblado que se veía a lo lejos.

Playwood.

Un pueblo fantasma en medio del desierto.

Bob Harrison era joven. Vestía chaquetilla y pantalón tejanos junto con camisa de dril y botas de media caña muy apropiadas por el árido paisaje.

Terminó de fumar el cigarrillo y lo tiró.

Sus movimientos, ignorando el ardiente sol, eran ágiles. Sin denotar el menor cansancio.

Se detuvo unos instantes.

Se pasó el dorso de la mano por la frente. Sus grises ojos fijos en la extensa planicie. Concretamente en el abandonado pueblo que se alzaba a poca distancia.

Reanudó la marcha, caminando bajo un sol de fuego.

Pronto divisó con todo detalle las primeras casas del pueblo. Semidestruidas. Durante largos años azotadas por el viento y castigadas por la virulencia del sol.

Únicamente cuatro casas se mantenían en pie. En una de ellas, sobre el porche de caídas columnas, se veía un amarillento cartel de letras ya borrosas. Era legible.

“Playwood Hotel”

Una rata del desierto, que más bien parecía un conejo salvaje, contemplaba con insolencia al recién llegado. Segura de sí misma. Desafiante. Se sabía reina de aquellas destruidas y abandonadas casas.

Un pueblo fantasma.

Cientos de ellos se hallaban diseminados por el Oeste americano. En pleno desierto. Olvidados. Muchos pueblos que habían tenido efímera vida. Se levantaban ciudades junto a una mina de oro. El codiciado metal se agotaba y la ciudad era abandonada.

Playwood.

Un pueblo fantasma.

—¡Eh, amigo!

Bob Harrison dio un respingo girando con rapidez. Brutalmente sorprendido por aquella llamada. Creía estar en un pueblo deshabitado, pero no era así.

Dos individuos habían surgido de una de las semiderruidas casas. Ambos reían en desaforadas carcajadas.

—Buen susto te has llevado, ¿eh, amigo?

Bob se aproximó con lento paso.

Contemplando inquisitivamente a los dos individuos.

De aspecto poco tranquilizador. Rostros de poblada barba que semiocultaban sus facciones. Vestían chaquetilla de piel y pantalones tejanos que almacenaban gran cantidad de polvo y suciedad. Tendrían alrededor de treinta años. Ambos apestaban a sudor.

—Sí... Me he asustado... Creí estar solo en el pueblo.

Uno de los individuos, cuya aguileña nariz le asemejaba con un ave de presa, dijo:

—Yo soy Lupo. Este es mi amigo Wally.

—Mi nombre es Bob Harrison.

—*Okay*, Bob. ¿Qué haces por aquí?

En los grises ojos de Bob se reflejó un brillo burlón.

—Lo mismo que vosotros.

—¿De veras? Nosotros somos “hippies”. Amamos la naturaleza y disfrutamos de lo lindo deambulando por estos cálidos parajes. Jugueteando amigablemente con lagartos y ratas.

Wally no pudo evitar una carcajada.

—Eso ha estado bueno, Lupo... ¿Tienes un cigarrillo, Bob? Llevamos mucho tiempo sin fumar.

Bob le tendió su paquete de cigarrillos.

—Los “hippies” ya han dejado de existir. Ahora solo quedan vagabundos.

—¿Eres tú un vagabundo, Bob?

Bob se sentó en uno de los escalones del porche. La madera crujió como incapaz de sostener el peso.

—Es posible.

Wally exclamó:

—¡Seguro! ¿Aún no lo comprendes, Lupo? ¡Es uno de los nuestros!

—Tiene las manos demasiado finas.

Wally rio divertido.

—Tampoco tú te matas a trabajar, Lupo. Eres un desconfiado.

—Quiero decir que lleva poco tiempo deambulando por esta zona. El sol y los insectos aún no se han cebado en él.

Bob cabeceó.

—Estás en lo cierto, Lupo. Llegué ayer.

Wally preguntó súbitamente.

—¿De qué se te acusa? ¿Por qué te escondes?

—¿Yo?

—¡No te hagas el idiota, Bob! Nadie entra por su gusto en las proximidades de Los Ángeles. ¡Ah, diablos...! Estábamos en lo mejor cuando llegó la policía.

—Cierra el pico, Wally.

—¿Por qué no puedo hablar, Lupo? Bob es un compañero... ¡Maldita

sea! ¡Llevamos cuatro semanas escondidos por estas infernales tierras!
¡Escondidos como ratas! ¡Tengo ganas de hablar!

Lupo entornó los ojos.

Aquello acentuó su aspecto de buitre. No hizo ningún comentario. Giró sobre sus talones penetrando en la casa.

Wally volvió a reír.

Mostrando una dentadura de perfecto tono amarillento. Se acarició la sucia barba dirigiendo una mirada de complicidad a Bob.

—No le hagas mucho caso, Bob. Lupo es un amargado. Un fulano de esos que siempre están renegando. Cómo te iba diciendo, operábamos por las proximidades de Los Ángeles. Ya sabes cómo es aquello: Beverly Hills, Santa Mónica, Culver City... Lujosos “bungalows” y palacios para los grandes del cine, de la industria... Todos los podridos de dinero tienen su casita cerca de Los Ángeles. Lupo y yo desvalijamos algunos de esos “bungalows”. Todo nos iba bien hasta llegar al de Sue Hudson. Habrás oído hablar de ella, ¿verdad?

Bob pareció sufrir una sacudida.

Sus facciones se endurecieron.

Por supuesto que había oído hablar de Sue Hudson. Una muchacha de dieciocho años que había destacado por su actuación en la película “Chicas en Miami”. Una joven que se iniciaba en el cruel mundo del cine. Que aún no había sido corrompida por Hollywood.

Sue Hudson...

Muerta hacía un mes.

Su cadáver apareció en el “Bungalow” de su propiedad. Estrangulada. El forense dictaminó que fue violada antes de morir.

Wally continuaba riendo como un poseso.

—Ah, infiernos... Sue era una muchacha encantadora. Te aseguro que no era nuestra intención matarla, Bob; pero la llegada de la policía nos puso algo nerviosos. Escapamos de allí como alma que lleva el diablo. Nos persiguieron, nos acosaron sin descanso... Logramos despistarles. Jamás nos encontrarán en este infierno. Llegamos aquí hace unos veinte días. Un par de semanas más y apareceremos en San Francisco. Para entonces se habrán olvidado de nosotros. ¡Y volveremos con dinero en abundancia, Bob! ¡Dinero conseguido aquí, Bob! ¡En este infierno!

Las facciones de Bob parecían inmutables. Solo sus ojos podían delatarle. Aquel brillo de ira. Pero Wally no parecía percatarse de ello.

—¿No te preguntas cómo, Bob?

—¿Alguna mina de oro?

La estridente carcajada de Wally resonó en el silencioso pueblo.

—¡Eres un tipo ocurrente, Bob...! Lupo y yo hemos sobrevivido alimentándonos de pájaros, lagartijas y ratas. Hemos visitado tres o cuatro

pueblos fantasmas. En los destruidos almacenes siempre se encuentra algo que las ratas no han conseguido devorar. Alguna botella de “whisky”, latas de conserva... Lo difícil es el agua. ¿Dónde la encuentras tú, Bob?

—En Canyon Creek.

—¿Canyon Creek? ¡Infiernos! Demasiado peligroso para nosotros. Ese arroyo está muy cerca de Engelsville. Lupo y yo jamás nos aproximamos a un lugar civilizado. No queremos ser vistos.

En ese momento surgió Lupo.

En su mano derecha una vieja pala.

—¿Ya has terminado de hablar, Wally? Tenemos trabajo.

—¿Ahora, Lupo?

—Sí. El sol empieza a declinar y no es prudente esperar a la noche.

—¿Prudente? Es miedo lo que tienes, Lupo.

—Algún día te aplastaré la cabeza, Wally. ¡En marcha!

Wally se incorporó bostezando ruidosamente.

—¿Nos acompañas, Bob?

—¿A dónde?

Wally dejó escapar su característica y sonora carcajada.

—¿Aún no lo has comprendido, Bob? Ya te dije que conseguíamos dinero en este desierto. Cuando llegamos a un pueblo abandonado, nuestra primera visita es al cementerio. Anillos, pulseras, medallones... ¡Incluso un fulano se hizo enterrar con un “Derringer” de cachas de plata! Sí, Bob. Nos dedicamos a saquear las tumbas.

* * *

Bob se incorporó lentamente.

El brillo de sus grises ojos había adquirido siniestros destellos.

—Sois peores que las ratas... Sucios hijos de perra...

Wally bizqueó sorprendido.

—¿Qué te ocurre, Bob?

—Vuestras repugnantes fechorías han terminado. No consentiré ese saqueo del cementerio. Y haré algo más. Comunicaré a las autoridades de Engelsville vuestra presencia en esta zona. Toda California se alegrará de la captura de los asesinos de Sue Hudson.

—¿Darás aviso al *sheriff* de Engelsville?

—Eso pienso hacer.

—¡Maldita sea! ¿Te has vuelto loco, Bob? ¡También te buscan a ti!

—Jamás afirmé semejante cosa. Tú llegaste a esa conclusión.

—¿No eres un perseguido por la Ley? Entonces... ¿qué diablos haces en este desierto?

—Eso no te importa. No tengo cuentas pendientes con la justicia. Será

un placer entregaros a las autoridades de Engelsville. Pagaréis vuestros...

Lupo había alzado la pesada pala, dispuesto a descargarla sobre Bob. Pero este no se dejó sorprender. Se ladeó a la vez que proyectaba su zurda al estómago del individuo. Lupo se dobló boqueando.

Bob quiso rematar su obra con un golpe en la nuca, pero ya Wally se había abalanzado sobre él.

Los dos hombres rodaron salvajemente por tierra intercambiando duros golpes.

Nuevamente la agilidad y reflejos de Bob quedaron en relieve. Fue el primero en incorporarse y en castigar a puntapiés el hígado de su contrario. Insensible a los alaridos de Wally.

De pronto el sol pareció eclipsarse para Bob. Sintió que se sumergía en un mundo de tinieblas. Que caía vertiginosamente en un profundo pozo sin fin. Un lacerante dolor le dominó.

La respuesta a todo aquello era sencilla.

Lupo, repuesto ya del golpe recibido, le había atizado brutalmente con la pala.

—¡Maldito bastardo! Casi acaba con nosotros.

Wally, tras retorcerse por el suelo como un gusano, se incorporó trabajosamente.

Propinó una patada al inconsciente Bob.

—El muy hijo de perra...

—Regístrale los bolsillos.

Wally se inclinó sobre el caído.

Profirió una soez maldición.

—Un vagabundo, ¿eh? ¿Qué te parece este encendedor de oro, Lupo? También su reloj parece de oro. Sin embargo, no lleva un centavo en los bolsillos. Un par de paquetes de cigarrillos, el encendedor y una brújula. Se diría que salió a dar un paseo por este desierto.

—¿Ningún documento?

—No.

—Es extraño.

—¿Qué hacemos con él, Lupo?

Lupo se apoderó nuevamente de la pala. Alzó los ojos al cielo. El sol acudía puntual a su cita con el horizonte.

—Más tarde le interrogaremos.

—Le he contado lo de Sue Hudson.

Lupo enrojeció.

Visiblemente furioso.

—Siempre has sido un bocazas, Wally. Un estúpido fanfarrón que pregona sus hazañas. Te advertí que mantuvieras la boca cerrada.

—No podía imaginar...

—Tendremos que acabar con él, pero antes le interrogaremos. Siento curiosidad por saber qué hacía deambulando por el desierto. Ahora en marcha. No perdamos más tiempo.

—Antes de que oscurezca, ¿eh?

Lupo no asimiló de buen grado la ironía de su compañero.

Demasiado marcada.

—No me gustan tus burlas, Wally... Yo no tengo miedo a nada. Ya hemos saqueado cerca de una docena de tumbas. Los muertos no pueden hacernos ningún daño, pero no es prudente visitar los cementerios por la noche.

—¿Por qué?

Lupo dudó.

Sin saber qué responder.

—¡No me gusta! ¡Y basta ya de palabrería!

Wally no se atrevió a reír, pero en su rostro se reflejó una burlona expresión.

Ya habían dejado atrás las semiderruidas casas de Playwood.

La colina del cementerio distaba unas trescientas yardas.

Los dos hombres avanzaban tranquilos. Nuevamente dispuestos a importunar la paz de los muertos.

Sí.

Ya lo habían hecho en otras ocasiones.

Pero allí iba a ser distinto.

A los muertos de Playwood no les agradaba ser molestados.

CAPÍTULO 2

L

A colina del cementerio se alzaba fantasmagórica.

Las tumbas aparecían diseminadas. Muchas de ellas cubiertas de arbustos. Salvia, mezquite, “palo verde”, cactus... proporcionaban una verde y mágica alfombra. Y por entre aquellos hierbajos pululaban nauseabundos sapos cornudos y viscosos lagartos en amigable convivencia con las ratas del desierto.

Toscas cruces de madera que el tiempo había derribado y destruido.

Lápidas sin nombre. Otras de epitafio ilegible. Todas ellas muy semejantes. En igual estado de abandono. Ninguna destacaba de entre las demás.

Ninguna de blanco mármol.

Wally escupió despectivo.

—¡Maldita sea! ¿Acaso no había ningún fulano rico en Playwood?

Lupo no hizo comentario alguno.

Seguía buscando recorriendo el pequeño cementerio.

Sus hundidos ojos buscaban afanosamente una tumba que destacara entre las demás. Buscaba una lápida de niveo mármol. Siempre les había dado buen resultado. En los restantes cementerios profanados elegían las tumbas de mejor signo externo. Panteones o lápidas de rica piedra. Eran sin duda morada de tipos importantes. De hombres que destacaron en vida. Estos eran los que se hacían enterrar con objetos de valor. Como si quisieran disfrutar de ellos en el Más Allá.

Lupo y Wally no experimentaban el menor remordimiento.

Eran auténticos buitres.

Wally se justificaba afirmando que en el Más Allá no se necesitaban objetos valiosos. Que en el Reino de las Tinieblas todo estaba pagado.

¿Era cierto?

¿Se puede entrar en el Más Allá sin un centavo en los bolsillos?

La pregunta no inquietaba a Wally. Tampoco a su compañero. Continuaban saqueando.

Como buitres.

—¡Allí, Lupo! ¡Allí!

Lupo dio un respingo ante la súbita exclamación de su compañero. Entornó los ojos para acto seguido parpadear repetidamente. Casi deslumbrado por aquel blanco mármol.

Creyó estar ante un espejismo.

Distante de las demás, casi al otro lado de la colina, Wally había descubierto una tumba.

Los últimos rayos del sol se proyectaban sobre la lápida, haciéndola resaltar. De níveo mármol. Los arbustos cercanos habían sido cuidadosamente recortados. La rectangular piedra se dibujaba con nitidez.

Una inscripción en la losa.

Un nombre y una fecha.

Legible.

“Eanna van Koerst.
Baronesa de Dörstwinger.
1837—...”

—Eh, Lupo... No han puesto la fecha de defunción.

—Tal vez se haya borrado.

Wally se inclinó, pasando su mano derecha por la lápida. Movié la cabeza de un lado a otro.

—No... Aquí no fue grabada... Solo la fecha de nacimiento. Es curioso... Algunas tumbas ignoran la fecha de nacimiento, pero la de defunción... Esa siempre consta. Puede que la tal Eanna van Koerst fuera enterrada en vida.

—Estoy cansado de tus macabros comentarios, Wally. ¡Terminemos de una condenada vez!

Lupo también se había inclinado sobre la lápida. De pronto retrocedió como si hubiera recibido una descarga eléctrica.

—¿Qué te ocurre, Lupo?

—La... la... losa...

—¿Qué tiene de particular? Nos será fácil quitarla. Está libre de arbustos y piedras. Se diría que la han estado cuidando periódicamente. Puede incluso que ceda de un simple empujón.

Lupo, con la palidez reflejada en sus facciones, susurró:

—Está fría.

Wally arqueó las cejas.

Posó las palmas de sus manos sobre la losa.

—¿Fría? Es posible... Sí. En efecto. ¿Y qué?

—¿No lo comprendes? El sol ha estado dando de lleno sobre la colina.

¡Durante todo el día! ¡Incluso ahora!

—El mármol se enfría pronto.

—Dejémoslo, Wally.

Wally contempló perplejo a su compañero.

—¿Dejarlo? ¿Estás loco? ¡Era una baronesa! ¡De seguro se hizo enterrar cargada de joyas! ¿De qué diablos tienes miedo?

Lupo no respondió.

De contestar hubiera confesado temer al mismísimo diablo. Al Rey de las Tinieblas que sin duda merodeaba por el cementerio.

Sí.

Eso hubiera respondido. Sin embargo, no quiso someterse a las posibles burlas de Wally.

—Está bien, Wally... Terminemos pronto.

Wally sonrió.

Consciente del miedo de su amigo.

—Ayúdame, Lupo. Intentaremos deslizar la piedra.

—No creo que ceda. La lápida es...

Lupo se interrumpió acentuando la palidez de su rostro.

—¿No has oído eso, Wally?

—¿El qué?

Un frío sudor perló la frente de Lupo. Sus manos comenzaron a temblar convulsivas.

—Me... me ha parecido oír un gemido...

—¡Maldita sea, Lupo! ¿Quieres ponerte nervioso? ¿Contagiarme tu absurdo miedo? ¡Terminemos ya! ¡Empuja!

—Te lo juro, Wally... He oído un gemido... Procedente de aquí... de la tumba... ¡Lo he oído!

—Fue el viento acompañado de tu miedo. Eanna van Koerst, baronesa de Dörstwinger... Apuesto a que encontramos joyas valiosísimas. Olvida tus ridículos temores, Lupo. Tú mismo lo has dicho antes. Los muertos nada pueden hacernos.

—Sí... tienes razón...

Los dos hombres apoyaron sus manos en una de las esquinas de la lápida. Empujaron con fuerza.

Contra todo pronóstico, la losa cedió mansamente.

Pareció deslizarse sobre una encerada superficie. Sin el menor esfuerzo.

Lupo y Wally se miraron sorprendidos.

Por primera vez el rostro de Wally reflejó un leve temor. Muy fugaz. La posibilidad de encontrar algo de valor venció ese miedo. Su codicia era más fuerte.

—¡Infiernos! ¡Lo hemos conseguido!

—Esto no me gusta, Wally.

La lápida se había deslizado hasta la mitad de la fosa. Un espacio suficiente para permitir el paso de un hombre.

—Parece profunda... ¿Tienes ahí el encendedor del fulano?

—Sí.

Lupo se inclinó para ofrecer el encendedor a su compañero. Instintivamente retrocedió unos pasos.

Wally, arrodillado sobre la fosa, manipuló en el encendedor. Accionó el mando proporcionando la máxima potencia a la llama. Se inclinó hasta casi introducir su cabeza en la entreabierta tumba.

Y fue entonces cuando surgió aquella mano.

Del interior de la fosa.

Una mano de largos y huesudos dedos que atenazó el cuello de Wally tirando de él y obligándole a introducirse en la tumba.

* * *

El espeluznante alarido de Wally se confundió con el de Lupo. Este también gritó al ver a su compañero caer dentro de la fosa. Al ver aquella fantasmagórica mano semejante a una zarpa de afiladas uñas.

El terror hizo reaccionar a Lupo.

Emprendió veloz huida.

Con el rostro desencajado por el miedo.

Tras él resonaban los desgarradores gritos de Wally. Roncos. Estremecedores... Unos alaridos que súbitamente quedaron cortados. El último de ellos fue en realidad agónico estertor.

Luego todo quedó en silencio.

Ningún otro grito.

Solo el jadear de Lupo en su desesperada carrera.

Tropezando.

Cayendo.

Pisoteando tumbas...

El miedo parecía poner alas en los pies de Lupo; pero también le hacía más torpe e inseguro. Nuevamente tropezó cayendo de bruces. Gateó un par de yardas arañando la tierra. Los cactus y arbustos espinosos trazaban surcos en sus brazos y piernas.

Trató de incorporarse.

No pudo hacerlo.

Súbitamente una sombra apareció ante él.

Cerrándole el paso.

Lupo, con el rostro bañado en frío sudor, desorbitó sus atemorizados ojos. El terror y la incredulidad se dibujaron en sus facciones. Entreabrió los labios.

Su voz fue apenas audible:

—¿Quién... quién eres?

Era una mujer la que le cortaba el paso.

Una mujer joven y de extraordinaria belleza. Se cubría con una negra túnica que le llegaba hasta los tobillos.

Lupo volvió a balbucear:

—¿Quién eres...?

La muchacha sonrió.

Abrió su túnica.

Un traje-pantalón de una sola pieza se ceñía a su cuerpo como una segunda piel. En color negro. Muy brillante. Un ancho cinturón ajustado por encima de las redondeadas caderas. La hebilla del cinturón era circular.

Y dentro de ese círculo representada la cabeza de Satán.

En dorado metal. Los ojos eran dos diminutos brillantes que destellaban como bolas de fuego. Los afilados cuernos teñidos de rojo. Una sonrisa se dibujaba en aquel diabólico rostro.

La voz de la muchacha sonó casi dulcemente:

—Soy la enviada de Satán.

Lupo se vio presa del terror.

La mujer había empuñado un estilete.

Lupo no reaccionó con cordura. Debíó enfrentarse a la mujer en vez de retroceder.

Volver hacia atrás significaba la más horrible de las muertes.

Regresar en dirección a la tumba de Eanna van Koerst era sentenciarse.

Lupo se percató demasiado tarde del error cometido. Ya estaba a pocas yardas de la entreabierta fosa.

Y de la tumba surgió otra fantasmagórica sombra.

Portando en su mano derecha la ensangrentada cabeza de Wally.

CAPÍTULO 3

B

OB Harrison yacía de bruces.

Entreabrió trabajosamente los ojos. Sintió que todo giraba a su alrededor. Quedó unos instantes inmóvil. Con el rostro pegado al polvoriento suelo. Respirando pausadamente e intentando recuperarse del brutal golpe recibido.

Pasó su mano derecha por la nuca retirándola bañada en sangre.

Alzó la mirada al cielo.

El sol ya casi se había ocultado y las prematuras sombras de la noche avanzaban lentamente hacia la abandonada Playwood.

Bob se incorporó.

Conocía bien aquella región. Tórrida durante el día y endiabladamente fría por la noche. Su altitud y posición, a unos doscientos cincuenta metros bajo el nivel del mar, eran la causa de aquellos rudos contrastes.

Lo prudente era pernoctar allí.

En Playwood.

Al cobijo de alguna de las casas que aún se mantenían en pie. Pero Bob contaba con un refugio mejor. A muy poca distancia de allí.

Comenzó a caminar.

Con vacilante paso.

Todavía semiaturdido.

Sus manos rebuscaron en los bolsillos de la chaquetilla. Le habían arrebatado los cigarrillos, el encendedor, la brújula, el reloj de pulsera... Únicamente lamentó la desaparición de los cigarrillos. Un cigarrillo le hubiera estimulado.

Bob se detuvo.

El cementerio quedaba a su izquierda. A unas doscientas yardas.

Dudó unos segundos. Wally y Lupo ya no estarían allí. Se habrían largado con el producto de su rapiña. Era absurdo acudir al cementerio a buscarles.

Sin embargo...

Bob permaneció pensativo.

Wally le había confesado el asesinato de Sue Hudson. Y con ello Bob se convertía en un peligroso testigo. ¿Por qué dejarle con vida? ¿Por qué no regresaron a Playwood tras saquear las tumbas? El pueblo era el único lugar seguro donde pasar la fría noche que se avecinaba.

Bob se desvió de su proyectado camino dirigiéndose hacia el cementerio.

Parecía haber recuperado totalmente sus facultades físicas. Su paso era firme y ágil. A grandes zancadas llegó al pie de la colina. Algo en su interior le advertía de que estaba cometiendo una imprudencia. De que era preferible abandonar aquella zona antes de la caída de la noche. Antes de que el lacerante frío hiciera su aparición. Quedarse a merced de la inclemencia del tiempo era suicida.

Bob sabía todo aquello.

Pero continuó deambulando por entre las tumbas. Nada parecía haber importunado la tranquilidad de los muertos. Todo en calma y silencio. Las lúgubres tumbas recubiertas de espinosos arbustos.

Ninguna profanación visible.

Bob inspiró profundamente.

Convencido de que Wally y Lupo habían desistido de su intento. Sin duda al comprobar la pobreza de aquellas frías tumbas. Sus eternos moradores no parecían guardar riquezas.

De nuevo la misma pregunta inquietó a Bob.

¿Por qué le habían dejado con vida?

¿Dónde estaban Wally y Lupo? Ellos también conocían la región. En muchas millas a la redonda no encontrarían mejor refugio que Playwood. ¿Qué les impulsó a marchar?

Bob comenzó a sentir frío. El trayecto que le separaba de su destino era relativamente corto. Invertiría unos treinta minutos. Suponiendo que no se desviara. Ahora, sin la ayuda de la brújula, debería guiarse por su instinto y conocimiento del terreno.

Bob trató de orientarse.

No quiso retroceder. Dando un leve rodeo al cementerio se pondría de nuevo en el camino deseado.

Ya había decidido marchar cuando de pronto descubrió aquello.

Una lápida de mármol blanco.

Y sobre la fría losa las ensangrentadas cabezas de Lupo y Wally.

Bob palideció. Sintió miedo. Un indescriptible terror. Su primera reacción fue huir de allí. Correr hasta quedar extenuado. Sin embargo, permaneció inmóvil.

Rígido.

Con la mirada fija en aquel espeluznante espectáculo.

Las seccionadas cabezas de Wally y Lupo estaban a ambos extremos de la lápida. Con las facciones desencajadas. Los ojos casi fuera de las órbitas. La sangre salpicaba el níveo mármol.

Bob se aproximó.

Con lentitud.

Dominando su miedo. Con un nudo en la garganta que parecía cortarle toda respiración. Percibía los fuertes latidos de su corazón que imaginaba retumbar en el silencioso cementerio.

Llegó ante la losa.

“Eanna van Koerst.
Baronesa de Dörstwinger.
1837—...”

Varios surcos de sangre resbalaban por la piedra atravesando la inscripción.

Los grises ojos de Bob Harrison trazaron una circular mirada.

Allí estaban las cabezas de Wally y Lupo, pero... ¿y el resto de sus cuerpos?

Ningún rastro.

Bob volvió a posar su mirada en la lápida. Puede que dentro de la fosa se encontraran los restos de Wally y Lupo. Haciendo compañía a Eanna van Koerst.

Los tres compartiendo la tumba.

Bob no quiso comprobarlo.

Se alejó de allí con presuroso paso. A los pocos segundos se percató de que estaba corriendo en desenfrenada carrera. No le importó reconocer su miedo. La visión era demasiado terrorífica para no experimentarlo.

Prosiguió corriendo.

El trayecto, que calculó realizar en treinta minutos, lo efectuó en veinte. Sin el menor error. Pronto alcanzó la planicie.

Allí, sobre el terraplén, a un lado de la carretera, estaba su “Ford”.

* * *

Engelsville era una tranquila localidad del sur de California. Muy próxima a Bakersfield. De una población cercana a los diez mil habitantes. Modernas casas, bonitas muchachas... Un pueblo donde relajar los nervios. Allí acudían los aturdidos habitantes de San Francisco o de Los Ángeles para disfrutar de la calma del lugar.

Pero Bob Harrison no parecía estar muy relajado.

Paseaba nerviosamente trazando círculos alrededor de su “Ford”. Fumando cigarrillo tras cigarrillo y lanzando continuas miradas al edificio

cercano.

A la oficina del *sheriff* de Engelsville.

El reloj de la plaza ya había dado las siete horas. El nuevo día comenzaba a perfilarse.

La puerta de la oficina del *sheriff* se abrió. Un individuo saltó al porche bostezando ruidosamente. Entornó los ojos al percatarse de la presencia de Bob.

—¿Qué diablos haces aquí, Harrison?

—Le estoy esperando desde las seis, Temple. Usted me aseguró que saldríamos al amanecer.

John Temple, *sheriff* de Engelsville, era un individuo de unos cincuenta años de edad. Rostro de sempiterna somnolencia y ademanes cansinos.

—Okay, Harrison. Y también le advertí que pasaría a recogerle al hotel.

—Creo que ayer no me expliqué bien, *sheriff*.

John Temple se apoyó en el coche sonriendo burlón.

—¡Oh, sí...! Quedó todo muy claro. Se presentó ante mí a altas horas de la noche. Asegurando haber conversado amigablemente con Wally y Lupo, los asesinos de Sue Hudson. Ellos le atizaron para poder ir a saquear tumbas. Usted, repuesto del golpe sufrido, acudió al cementerio de Playwood descubriendo las cabezas de Lupo y Wally sobre una lápida de mármol.

—Eso es. Y no pareció darle la debida importancia, *sheriff*.

Temple, marcadamente irónico, replicó:

—¿De veras? Le ruego me disculpe, Harrison. Soy un vulgar patán.

Bob apretó con fuerzas las mandíbulas.

—No me cree una sola palabra.

—Ajá.

—¡Le he dicho la verdad!

—Por supuesto, amigo Harrison. Eso es lo que cree haber visto. Me confesó que llevaba un par de días aguantando el calor del desierto en busca de datos para escribir un libro. Usted es un fulano de ciudad, Harrison. Acostumbrado a tener siempre la tripa llena. La zona donde se encuentra la abandonada Playwood es muy mala. El sol muy fuerte. Visiones producidas por la falta de agua, alimentos...

—Puede echar un vistazo al portaequipajes de mi coche, *sheriff*. Mis existencias aún están casi intactas. Dos bidones de agua y comida abundante. No sufrí ninguna insolación.

John Temple se encogió de hombros.

Sin darse por vencido.

—Es posible. ¿Qué me dice de la soledad? Su mente no pudo resistirlo. Varios días por esas carreteras que cruzan el desierto, visitando desiertos abandonados... De ahí que imaginara entablar conversación con Wally y

Lupo. Dos asesinos muy famosos en la actualidad.

Bob se señaló el golpe en la nuca.

—¿También imaginé esto?

—Sin duda tropezó y perdió el sentido.

—Oiga, *sheriff*... Ayer me aseguró que acudiría a Playwood y comprobaría mi versión.

John Temple volvió a bostezar.

—Quería darle tiempo, Harrison.

—¿Tiempo? ¿Para qué?

—Le envié al hotel a dormir. Creí que con el nuevo día le encontraría más despejado.

Bob dirigió una furiosa mirada al representante de la ley. Acto seguido se acomodó frente al volante del automóvil.

—De acuerdo, *sheriff*. Me comunicaré con las autoridades de Bakersfield... o tal vez decida informar al FBI de San Francisco. Tengo allí muy buenos amigos. También les hablaré de su... valiosa colaboración.

Temple suspiró resignado.

—Espere un momento... ¿Ha dicho Playwood? ¡Maldita sea! Creo recordar ese pueblo abandonado. Solo un par de casas en pie. ¡Y dista de aquí más de doscientas millas!

—¿Qué decide, *sheriff*?

—Iremos en su coche.

—¿No nos acompaña ninguno de sus agentes?

John Temple volvió a sonreír burlón.

—Solo vamos a enfrentarnos con las cabezas de los asesinos. ¿No es cierto? Tranquilo. Me bastaré solo. En marcha, Harrison. Usted conoce el camino.

Bob no pudo evitar un leve temblor.

La perspectiva de contemplar nuevamente el macabro espectáculo del cementerio de Playwood hacía helar la sangre en sus venas.

CAPÍTULO 4

E

El automóvil realizaba acrobáticos saltos hábilmente conducido por Bob Harrison. Rodando por un pedregoso camino calcinado por el sol. El árido paisaje ofrecía como única vegetación fantasmagóricos cactus que se recortaban en el horizonte. Grandes y viscosos lagartos contemplaban indiferentes el paso del vehículo.

John Temple bostezó por enésima vez.

Consciente de lo inútil de aquel desplazamiento.

—Usted es de San Francisco, ¿verdad, Harrison?

—Nací, en Texas, pero llevo veinte años residiendo en California. Concretamente en el 782 de May Street, San Francisco.

—Ya. ¿Y a qué se dedica?

—Ya se lo mencioné anteriormente. Soy escritor.

El *sheriff* Temple arrugó la nariz.

—¿Escritor? Comentó que deambulaba por estas carreteras buscando datos para un libro, no que fuera escritor de profesión.

—Pues lo soy.

—¡Diablos! ¿Y se puede vivir de eso?

Bob sonrió.

—Más bien mal, pero se vive.

—¿Qué clase de libros escribe, Harrison?

—Algo de todo. Mi especialidad es la novela. Y dentro de ella todo lo relacionado con el Lejano Oeste. Conozco a todos sus principales protagonistas. Los estudio. No me limito a narrar una vulgar historia de aventura y tiroteo, sino que profundizo en la vida de los personajes.

John Temple pareció despertar de su somnolencia.

Agrandó los ojos.

—Bob Harrison... Bob Harrison... ¿Fue usted el que escribió “La traición de Pat Garrett”?

—En efecto.

—¡Una magnífica novela, Harrison! ¡Ya me parecía a mí que su

nombre me resultaba familiar! Me entusiasmó la historia del hombre que mató a Billy “el Niño”. Creo haber leído otra de sus novelas. Tiene razón al decir que estudia a los personajes, Harrison. Pat Garret se nos presenta como un fulano acomplejado que busca a toda costa conseguir él...

—Ya estamos llegando.

La interrupción de Bob hizo parpadear al *sheriff*.

—¿Cómo?

—Ahí tenemos Playwood.

—Casi había olvidado el motivo de este absurdo viaje. Cierto... ahí tenemos Playwood. Lo que queda de ella. Un par de casas semiderruidas y habitadas por ratas. Maldita sea, Harrison... Achicharrarnos bajo este sol de justicia por una simple visión...

—Pronto cambiaré de opinión, *sheriff*.

La voz de Bob había sonado tensa y ronca.

El “Ford” atravesó el abandonado pueblo levantado tras de sí una nube de polvo rojizo. Al pasar junto al destartado hotel se detuvo.

Bob señaló hacia una de las casas.

—Fue ahí donde encontré a Wally y Lupo. Permanecimos hablando junto a los escalones del porche.

El *sheriff* se levantó del asiento asomando la cabeza por la ventanilla.

—Ninguna huella.

—El viento las ha borrado.

—Por supuesto, Harrison, por supuesto... ¿Vamos a echar un vistazo a las cabezas? Ya deben estar algo resacas por el sol.

Bob maldijo interiormente la macabra ironía del *sheriff*.

Pisó con fuerza el pedal del gas obligando al coche a emprender veloz carrera. El brusco arranque hizo caer a Temple en el asiento.

El vehículo, tras cruzar el pueblo, enfiló la explanada que conducía al siniestro cementerio. Avanzaba ahora envuelto en rojiza polvareda.

John Temple tosía y gritaba como un condenado, pero sus protestas no eran escuchadas por Bob.

El coche se detuvo al pie de la colina.

Bob y el *sheriff* descendieron.

—¿Por dónde, Harrison?

—Al otro lado. Sígame.

Bob evitó el caminar por entre las tumbas del cementerio.

La tumba que buscaba estaba separada de las demás. Parecía como si hubieran cavado la fosa deliberadamente alejada. La única con lápida de blanco mármol.

Bob se llevó un cigarrillo a los labios. Rebuscó entre sus bolsillos la carterita de fósforos adquirida en Engelsville. La llama tembló fugazmente entre sus manos.

Divisó la nívea fosa.

Blanca.

Muy blanca.

Sin la menor mancha de sangre.

Sin las ensangrentadas cabezas de Wally y Lupo.

Sin inscripción alguna en la piedra...

* * *

John Temple no parecía irritado.

Incluso sonreía. Por supuesto no compartía la brutal sorpresa que se reflejaba en el rostro de Bob.

—¿Y bien, Harrison? ¿Dónde están esas... cabezas?

Bob no salía de su asombro.

Contemplaba estupefacto la blanca lápida. Parpadeando incrédulo. Incapaz de reaccionar.

—Era aquí... ahí estaban... sobre la losa...

—¿De veras? Tal vez el viento borró las manchas de sangre y se llevó por los aires las cabezas.

El *sheriff* alzó la mirada al cielo.

—No las veo...

—Le juro que...

—¡Ya basta, Harrison! ¡Debería encarcelarlo por hacerme perder el tiempo! ¡Me ha obligado a realizar un viaje infernal! Pero la culpa es mía por hacer caso a su absurda historia.

—No soy un loco ni un visionario, *sheriff*.

—¡Al diablo con usted!

Bob se había inclinado sobre la lápida.

Sus manos acariciaron la blanca piedra.

Podían haber limpiado la losa y hacer desaparecer las cabezas; pero... ¿y la inscripción?

Bob la recordaba.

“Eanna van Koerst.
Baronesa de Dörstwinger.
1837—...”

El mármol era liso. Perfecto. Imposible haber borrado aquellas letras sin dejar huella.

Bob comenzó a empujar la lápida.

—¡Maldita sea! ¿Qué se propone, Harrison? ¡Está profanando una tumba! No le consentiré que...

—Apuesto doble contra sencillo a que no hay ningún cadáver

enterrado, *sheriff*. ¿Quién le dice que esto sea una tumba? No hay inscripción en la lápida.

—Usted aseguró que...

—Y quiero demostrarlo, *sheriff*. Aquí ha ocurrido algo extraño. Diabólico. Wally y Lupo fueron decapitados. Sus cabezas reposaban sobre esa piedra. Tal vez ahora estén dentro de la fosa.

—No podrá mover la piedra.

Como respuestas a las palabras del representante de la ley, la lápida se deslizó casi suavemente.

Bob no se sorprendió.

Ya nada podía sorprenderle.

La piedra quedó a mitad de la fosa.

—Le acusaré de profanar...

—No hay ningún cadáver, *sheriff*. ¿De qué me va a acusar?

John Temple también se inclinó sobre la fosa.

Efectivamente estaba vacía. Ningún ataúd. La fosa era profunda. Por las paredes se arrastraban viscosos gusanos. Miles de ellos. Despidiendo un nauseabundo hedor.

—Harrison... allí... en el fondo... Ese rectángulo sobre la tierra...

—Solo puede haber sido marcado por el peso de un ataúd.

—Sí...

Bob se incorporó.

Comenzó a deambular por los alrededores de la fosa.

En busca de alguna pista. De algún indicio. De algo que pudiera demostrar que no había sido víctima de una pesadilla.

No encontró nada.

Sin embargo, algo sí había conseguido. Todo signo de ironía o escepticismo había desaparecido del rostro de John Temple. Ahora la palidez cubría las facciones del *sheriff*.

—Oiga, Harrison... Supongamos que en efecto había aquí un ataúd. ¿Cómo diablos se lo han llevado? No se puede cargar un ataúd sobre los hombros y caminar tranquilamente por el desierto. El terreno que circunda el cementerio no es polvoriento. Las huellas de unos neumáticos quedarían marcadas.

Bob no hizo ningún comentario.

También él se había formulado aquella pregunta.

¿Cómo se llevaron el ataúd?

¿Existía realmente ese ataúd? ¿Con el cadáver de Eanna van Koerst?

¿Qué fue de las cabezas de Wally y Lupo? Demasiadas preguntas.

Todas ellas diabólicas.

Bob se pasó el dorso de la mano derecha por la frente. Extrajo un cigarrillo del paquete. Lo succionó repetidamente. Exhalando el humo con

nerviosismo.

—¿Qué piensa hacer, *sheriff*?

—¿Acaso se puede hacer algo? ¿Denunciar la desaparición de un ataúd? No, Harrison. No es seguro que existiera. Tan solo esa marca en el fondo de la fosa... tampoco hay una inscripción en la lápida.

—Yo la vi.

John Temple, presa también de los nervios, gritó:

—¡No la hay, Harrison! ¡No la hay! ¡Tampoco están las cabezas de Wally y Lupo! ¡Toda su historia es absurda! ¿Sabe lo que pienso hacer? ¡Olvidar su macabra visión! ¡Olvidarme de este maldito viaje a Playwood!

—¿Así de sencillo?

—Sí, Harrison. Y le aconsejo que haga otro tanto. Regrese a San Francisco y procure olvidar su historia.

Bob asintió.

Con la mirada fija en la entreabierta tumba.

—Sí... tal vez sea lo mejor.

—¡Seguro, muchacho! Volvamos a Engelsville. Le invitaré a un “whisky” doble. Ambos lo necesitamos.

Bob no pareció escuchar las palabras del *sheriff*. Continuaba con la mirada fija en la fosa. No estaba decidido a olvidar. Quería conocer todo lo relacionado con Eanna van Koerst. Con la baronesa de Dörstwinger.

Ignoraba algo de gran importancia.

Indagar sobre Eanna van Koerst significaba la muerte.

CAPÍTULO 5

R

OY Morgan era un editor muy popular en todo el país, y principalmente en la costa oeste. Más de una veintena de publicaciones salían semanalmente al mercado producidas por la “Acme Publishing Co.”, la empresa de Morgan. Su especialidad era el “comic” de afamados dibujantes. También la novela. Principalmente las de Bob Harrison. Todas ellas auténticos éxitos y gran número adaptadas al cine o a la televisión.

Bob Harrison era uno de los escritores que gozaban del favor del público. La tirada de cada una de sus novelas alcanzaba cifras que hacían relamerse de entusiasmo a Morgan. Novelas que se centraban en el Lejano Oeste. En sus hombres y mujeres. Sus costumbres, leyendas...

Bob era un desmitificador.

Muchos héroes que el cine había ensalzado, eran derribados en las novelas de Bob Harrison. El público quedaba con la boca entreabierta al leer que en 1864, el coronel Chivington se presentaba en un teatro de Denver para mostrar orgulloso las cabelleras de los indios; hombres, mujeres y niños, aniquilados en la vergonzosa batalla de Sand Creek. También los “caballeros del Colt” eran despojados de su falsa aureola y quedaban convertidos en simples asesinos.

Bob era un buen conocedor del tema. Había estudiado con severo y justo juicio la colonización del Oeste. Podía escribir de ello con toda garantía. Sin apasionamiento. Y de ahí partía el éxito de sus novelas.

No engañaba al lector.

Bob, al presentarse en el despacho de su editor, no parecía el mismo hombre que deambulaba por los terrenos cercanos a Playwood.

En primer lugar, el polvo, el sudor y la suciedad habían desaparecido. Con ello parecía ganar en juventud. Contaba treinta años de edad. Rostro de facciones correctas y varoniles. Destacando aquellos ojos grises y la firme línea de sus labios.

También su atuendo había cambiado.

Ahora lucía una deportiva chaqueta “Blazer”, moderna camisa y

pantalón de “pata de gallo”. Un conjunto muy diferente al utilizado en el desierto de Playwood.

El despacho de Roy Morgan era lujoso y amplio. Con ventanal que permitía admirar la bahía. Las oficinas de la editorial enclavadas en una de las más elegantes calles de San Francisco.

El despacho también contaba con un surtido mueble-bar.

Bob se estaba sirviendo su tercer vaso de “whisky”. Tras la larga parrafada tenía la garganta reseca.

—¿Y bien, Roy? ¿Qué te ha parecido la historia?

Roy Morgan, acomodado tras su mesa escritorio, sonrió lobunamente.

—¿Quieres mi sincera opinión?

—Por supuesto.

—*Okay*, Bob. El *sheriff* de Engelsville no ganará las próximas elecciones. Es incompetente. Yo en su lugar te hubiera encarcelado un par de semanas para despejarte la cabeza.

Bob también sonrió.

—Sospechaba que sería esta tu respuesta. Sufrí una pesadilla, ¿verdad?

—Ajá. Cuando te empeñaste en recopilar datos de la vida de Nigger Frank, imaginé que consultarías los periódicos de la época. En los archivos de Sacramento y Los Ángeles.

—Los consulté, Roy. Nada de interés. Ni tan siquiera el lugar de su muerte.

—Ya. Y decidiste dar un paseo por las proximidades de Playwood, por los desiertos, desfiladeros, pueblos abandonados...

—No es la primera vez.

—Oh, lo sé... Fue en Hope City, un pueblo fantasma cerca de la frontera con Arizona donde encontraste valiosos informes relacionados con Kanaka Billy. Husmeando en los destruidos talleres del periódico local. Datos que eran desconocidos. Que demostraron la inocencia de Kanaka Billy, injustamente linchado en 1867. Reconozco que la novela fue un verdadero éxito, pero también recuerdo tu estado tras la expedición a Hope City. Demacrado, atacado por misteriosas fiebres, con varios kilos de menos...

—Y mi mente era lúcida.

—Jamás lo dudé.

—¿Por qué dudas ahora? Solo he permanecido un par de días en el desierto. Con agua, provisiones y mi viejo “Ford” que es capaz de saltar y brincar como un potro salvaje. Nada me faltó. ¿Por qué iba a sufrir una alucinación?

—La mayoría de los escritores padecen de eso. ¿Recuerdas a tu compañero Martin Goldman? Especialista en el género de terror. Al entregarme su original número cincuenta, trató de celebrarlo mordiéndome

el cuello. Creía ser un vampiro.

—Puede que solo intentara vengarse. Tú le estabas chupando la sangre desde hacía tiempo.

—No es broma, Bob. Algunos escritores terminan por imitar a sus personajes. Dominados por ellos.

—¿Me has visto alguna vez parodiando a Jesse James?

Roy Morgan sonrió moviendo la cabeza de un lado a otro. Se inclinó en el asiento ahogando un suspiro.

—Es inútil discutir contigo, Bob. Bien... Has abandonado la investigación de Nigger Frank impresionado por una historia de fantasmas. No me importa. El público espera impaciente tu tercera novela sobre lo de Wounded Knee. Una magnífica trilogía... No la demores más. La sublevación sioux de 1973 ya casi es historia. Si retrasamos más la tercera novela puede que los lectores pierdan el interés. Completa la trilogía y olvida tu viaje a Playwood. Quiero publicar la novela antes del invierno.

—No cuentes con ella.

Morgan entornó los ojos.

Tras unos instantes de titubeo, terminó por reír.

—Llevamos mucho tiempo juntos, Bob. Sabes que te aprecio. Eres el único escritor a mis órdenes a quién concedo ciertas prerrogativas.

—Te equivocas. Soy de entre todos los escritores a tus órdenes el que más dinero te hace ganar. También yo te conozco.

—*Okay*. Ambos nos conocemos bien. ¿Qué diablos te ocurre Bob? ¿Estás cansado? Puedes tomarte unas vacaciones. Te pago la estancia en el mejor hotel de Las Vegas. Un par de semanas y estarás como nuevo. Y entonces trabajarás de lleno para terminar la trilogía de Wounded Knee. ¿*Okay*?

Bob vació el vaso de “whisky”.

Con solo cerrar los ojos aún creía ver la espeluznante escena del cementerio de Playwood. Las ensangrentadas cabezas de Wally y Lupo adornando aquella tumba. El ataúd desaparecido. La inscripción misteriosamente borrada...

No.

No podía olvidar todo aquello.

—Voy a escribir un buen original, Roy. Y te aseguré que la primera edición se agotará en menos de una semana.

—¡Magnífico, muchacho! Procura marcar las tintas en los pobres sioux maltratados por el repugnante hombre blanco. Tu primer libro sobre los indios refugiados en Alcatraz tenía poco sentimentalismo. Al público le agrada ver sus defectos. Todos somos conscientes de los atropellos que se cometen con los indios. Nada hacemos para remediarlo, pero nos gusta que nos recuerden nuestras obligaciones. Disfrutamos avergonzándonos de...

—Voy a escribir una novela sobre Eanna van Koerst.

El editor quedó con la boca abierta.

Parpadeó repetidamente.

—¿Eanna van Koerst...? ¿Esa supuesta baronesa de Dörstwinger enterrada en Playwood?

—Sí.

—¡Maldita sea, Bob! ¡Tú mismo me has dicho que no había ataúd!
¡Que la inscripción de la lápida desapareció!

—Exacto, Roy. Y eso es precisamente lo que me impulsa a escribir sobre la misteriosa Eanna van Koerst. No lo soñé ni sufrí alucinación. Wally y Lupo fueron brutalmente decapitados. Contemplé durante largos minutos sus ensangrentadas cabezas. También vi la inscripción en la lápida. Quiero descubrir qué ocurrió. Y escribiré una novela sobre ello.

—Ya. Una novela de terror.

Bob avanzó furioso. Apoyó las manos sobre la mesa escritorio inclinándose hacia Morgan.

—¿Aún no lo comprendes, Roy? ¡Voy a escribir algo real! ¡Algo que ha sucedido!

Morgan continuó impasible.

—Hay gran número de lectores aficionados al género de terror, Bob. Y cada día en aumento. El público, cansado de la rutina de sus vidas, busca emociones fuertes. Disfruta con lo diabólico y sobrenatural. Ya tengo una buena plantilla de especialistas. Escritores y dibujantes que son maestros en ese género. Publico semanalmente varias colecciones. Terror y sexo. Estoy bien surtido. Tú te limitarás a escribir sobre el Lejano Oeste. Tienes un elevado número de lectores que no puedes defraudar. El terror no es tu especialidad, Bob. Fracasaría. ¿Por qué no lo reconoces?

Bob pareció serenarse.

Encendió un cigarrillo.

—Fracasaría si inventara la historia, Roy, pero lo que voy a narrar es verídico. Algo real que superará a las más escalofriantes historias de terror hasta ahora publicadas.

—Olvidalo. No aceptaré ese original, Bob.

—Entonces lo presentaré a otra editorial.

—Trabajas para mí en exclusiva.

Bob sonrió despectivo.

—Lo sé. Existe una cláusula en ese contrato, Roy. La de poder elegir libremente mis argumentos.

—Presenta el original y será rechazado.

—¿Es tu última palabra?

Roy Morgan se incorporó del sillón giratorio.

—No seas cabezota, Bob. Estás obsesionado por tu fantasmagórica

visión del cementerio y...

—Adiós, Roy. Te enviaré a mí abogado para estudiar la cancelación de nuestro contrato.

—¡Bob!

La llamada de Morgan no fue escuchada.

Bob había girado sobre sus talones abandonando precipitadamente el despacho del editor. Minutos más tarde se hallaba acomodado frente al volante de su “Ford”, limpio y reluciente después de haber sido lavado y despojado de todo el polvo acumulado en el desierto.

Puso en marcha el vehículo alejándose de Nob Hill.

Circuló por Jones Street.

Pensativo.

Roy Morgan estaba en lo cierto.

Lo ocurrido en el cementerio de Playwood obsesionaba a Bob. Pero no había sido víctima de una pesadilla.

Estaba seguro.

Pronto encontraría pruebas.

Se las iba a proporcionar la propia Eanna van Koerst.

CAPÍTULO 6

L

A bibliotecaria también era digna de estudio.

Bob llevaba más de dos horas consultando libros. Sin resultado positivo. En los Estados Unidos existían actualmente una veintena de localidades con nombres parecidos a Dörtstwinger, que podían ser deformaciones anglosajonas del nombre original. Por supuesto no eran gobernadas por ningún barón. La aristocracia no se presentaba a las elecciones. Encontró un pueblo en Virginia. Con el nombre de Doorwinter. Fundado por colonos holandeses descendientes de las primeras familias llegadas de aquel lugar de Europa.

Pero aquel pueblo había desaparecido del mapa en 1802. Y entre sus miembros no figuraba ningún barón o baronesa Van Koerst.

Bob también consultó un grueso volumen donde se detallaban títulos nobiliarios de todo el mundo.

Nada relacionado con la baronía de Dörstwinger.

Por eso Bob, algo desanimado, decidió centrar su atención en la bibliotecaria.

Sí.

Una mujer para ser estudiada a fondo.

Bob le calculó unos veinticinco años de edad. Rostro de serena belleza y cuerpo armonioso. De curvas bien situadas. Lucía un minivestido camisero en tejido de “crêpe”. Muy cortito. Para que mostrara generosamente sus piernas de largos y bronceados muslos.

Tenía los ojos negros.

Y esos ojos se encontraron con los de Bob. Este le dirigió una sonrisa que fue correspondida por la mujer. Estaban solos en la amplia sala de lectura.

La mujer, tras un pequeño mostrador, simulaba ordenar unas fichas. Consciente de la intensa mirada de Bob. Cuatro filas de largas mesas se alineaban en el aula.

Bob en la primera de las mesas. Muy cerca del mostrador.

La mujer dirigió una significativa mirada al reloj que colgaba de una de las paredes.

Abandonó el mostrador.

Próxima la hora de cierre, Bob era ya el único lector de la biblioteca.

—¿No encuentra lo que busca, señor?

Bob cerró el último de los libros consultados.

—No.

—Si desea volver por la tarde... Ahora debo cerrar.

—Oh, sí, desde luego... Le ruego me disculpe.

La mujer sonrió.

—Son muchos los que se entusiasman con la lectura y olvidan la hora.

¿Puedo ayudarle?

Los ojos de Bob recorrieron con insolencia el cuerpo de la mujer. Algo fuera de serie. Lo más apropiado para un “week-end” en Las Vegas. Para bailar por los “night-clubs” de North Beach...

¿Ayudarle en su problema?

Bob no confiaba en ello.

—Busco todo lo relacionado con Eanna van Koerst, baronesa de Dörstwinger.

—¿Dörstwinger?

—Deduzco que se trata de una localidad europea, pero tal baronesa murió aquí. En los Estados Unidos.

—¿En qué año?

Bob no supo qué responder.

En la ensangrentada lápida figuraba la fecha de nacimiento. Año 1837.

¿Por qué no la de defunción?

—Ignoro ese dato.

—¿Ha consultado el anuario nobiliario?

—Hoja por hoja. Nada relacionado con la baronía de Dörstwinger.

—Es extraño...

Bob ayudó a trasladar los libros consultados al mostrador, comentando:

—Muchos títulos nobiliarios han dejado de regir. Puede que este sea uno de los casos.

—De igual forma constaría en el anuario. Es uno de los más completos. A no ser que...

La mujer sonrió a modo de disculpa.

—Siga, por favor. ¿Qué iba a decir?

—Bueno... Muchos se han otorgado a sí mismos títulos nobiliarios. Imaginarios. Príncipes de países inexistentes, marqueses de una comarca de leyenda... Lógicamente es imposible conocer esos orígenes si son falsos; aunque en algunos casos hayan alcanzado gran relieve.

—Ya. Como el conde Drácula.

La bibliotecaria rio divertida.

—Cierto. Había olvidado esa otra posibilidad.

Bob arqueó las cejas.

—¿A qué se refiere?

—Existen sectas que reparten títulos entre sus miembros. Grupos espiritistas, sociedades secretas, diabólicas... En el pasado siglo proliferaron esas sectas. Actualmente vuelve a estar de moda la brujería. Muchos médiums se han hecho millonarios. Se ha editado un libro relacionado con la corte de Satán. Condes, duques... Toda la nobleza que adora al Rey de las Tinieblas.

—¿Tiene ese libro?

La mujer pareció ofenderse.

—Por supuesto que no. Se ha editado para mentes retorcidas. No puede figurar en nuestra biblioteca.

—Comprendo. Muchas gracias, señorita. Ha sido muy amable.

Bob abandonó el edificio público.

Aquella mujer le había dado una nueva idea. Una pista a seguir. No era segura, pero tras perder el tiempo consultando infinidad de libros, uno más poco importaba. El relativo a la corte de Satán.

Bob se acomodó en su “Ford”.

Se hallaba junto al Old Federal Building. A poca distancia de Market Street. En la populosa calle que dividía en dos San Francisco existía gran número de librerías bien surtidas.

Pero Bob no se dirigió a ninguno de aquellos comercios.

Prefería acudir a un “especialista”.

Subió por Leavenworth Street en dirección a Russian Hill. El barrio preferido por artistas y pintores. Junto a lujosos edificios que daban al puerto se veían casas de gris y triste fachada.

Russian Hill.

Refugio de los ilustres y de los fracasados.

Bob estacionó el auto en Stamps Avenue. Descendió del vehículo encaminándose hacia una librería situada dos manzanas más abajo. La entrada al establecimiento era ruinosa. La mayoría de los libros expuestos en la vitrina se hallaban en lamentable estado.

Bob penetró en el local.

Se vio envuelto por un intenso olor a humedad. A papel mojado. Gruesos volúmenes se amontonaban desordenadamente sobre dos largas mesas. No existía mostrador. Libros, viejos y nuevos, se entremezclaban con las revistas ilustradas y algún que otro “comic”.

Una voz desde la trastienda dijo:

—Un momento, por favor...

Bob sonrió.

Se entretuvo contemplando una revista danesa. La chica de la portada estaba completamente desnuda. En pleno otoño. Sin demostrar que tuviera frío.

—¡Bob! ¡Cuánto honor para mí humilde pocilga!

Bob desvió la mirada hacia el individuo que surgió de una pequeña puerta.

Un individuo de unos sesenta años de edad. Viscoso como una nauseabunda babosa. Rostro grasiento y ganchuda nariz. Se cubría con una bata gris muy brillante merced a la suciedad almacenada.

—Hola, Basil. Estoy echando un vistazo.

—¿De veras? Me sorprendes, Bob. Siempre me has despreciado. Muchos de tus compañeros de profesión acuden a mí, pero tú siempre has dicho que no te gusta bucear en la basura.

—Sigo opinando igual. Es basura todo lo que tienes, Basil.

—Lo que el público pide.

—¿El público? ¿Qué público, Basil? Jovenzuelos solitarios, maníacos, individuos degenerados...

Basil rio como una hiena. No le afectaban las palabras de Bob. Eran ciertas. En aquel nauseabundo local se almacenaban infinidad de libros prohibidos. Publicaciones capaces de hacer enrojecer a un filibustero. Pero no todos los libros eran material “pomo”.

Existían otros.

Aún más peligrosos y buscados.

—Tus novelas también se venden muy bien, Bob. Casi tan bien como las obras del Marqués de Sade.

—Busco otra clase de basura, Basil. Recientemente se ha publicado un libro, cuyo título ignoro, relacionado con la... aristocracia de Satán.

El rostro de Basil se ensombreció.

Las arrugas de su rostro se acentuaron desdibujando sus facciones. Los caídos párpados semiocultaron sus ojos de rata.

—No se puede llamar basura a ese género literario, Bob, resulta... peligroso. Sus autores están inspirados por el mismísimo diablo. Conozco el libro que mencionas. “Herederos y siervos de Satán”. Ese es su título.

—¿Lo tienes?

El viejo asintió.

—Por supuesto. Es un libro reciente. Puedes encontrarlo en cualquier librería de San Francisco.

—Lo sé.

—¿Por qué te has desplazado hasta aquí?

—Puede que no me interese comprarlo. Busco un dato.

—¿Piensas abandonar tu especialidad, Bob? Sería un error. Tus novelas del Lejano Oeste cuentan con lectores fieles que...

—¿Dónde está el libro?

Basil sonrió ante la interrupción.

—Sígueme.

Pasaron a la trastienda.

La estancia era reducida. Aún más maloliente. Sin embargo los libros allí estaban mejor ordenados. Algunas estanterías plagadas de telarañas. El mohoso hedor de los viejos libros era repelente.

Basil rebuscó en una de las estanterías. Tendió a Bob un grueso volumen de negras cubiertas.

—Aquí lo tienes, Bob.

Bob lo abrió consultando el índice. Sus ojos adquirieron un fuerte brillo.

Allí estaba.

“Baronía de Dörstwinger”.

CAPÍTULO 7

B

OB Harrison pasó nerviosamente las páginas hasta llegar a la señalada en el índice.

Una lámina reproducía el escudo de la baronía de Dörstwinger. Una cabeza de Satán encerrada en un círculo. Los dos ojos diminutos brillantes. Los cuernos y colmillos teñidos de rojo...

Bajo el escudo, unas líneas.

Muy breves:

“Dörstwinger. Localidad del sur de Holanda. A finales del siglo XVIII, una tal Eanna van Koerst fue decapitada bajo la acusación de brujería y pactar con el diablo. Cuenta la leyenda que el mismísimo Satán llegó para presenciar la ejecución. Al pie del patíbulo se desposó con el cadáver de Eanna van Koerst, obligando al pueblo a adorarla. Satán sacrificó a varias doncellas para reencarnar a Eanna van Koerst. Ambos se nombraron Barones de Dörstwinger. El pueblo se mantuvo fiel a las órdenes de Satán. A principios del siglo XIX, puritanos holandeses arrasaron Dörstwinger. En la actualidad se desconoce si existen seguidores de la secta creada por Eanna van Koerst. También se ignoran sus normas y ritos”.

Aquello era todo.

Bob, pese al interesante descubrimiento, no pudo evitar una leve mueca de decepción. Había dado con el origen de Eanna van Koerst. Una bruja del siglo XVIII. Y la lápida de Playwood indicaba que Eanna van Koerst había nacido en 1837.

¿Una descendiente de la primera Van Koerst holandesa?

Basil se aproximó descubriendo la lámina consultada.

—No parece muy entusiasmado, Bob. La baronía de Dörstwinger... Una bonita historia. Diabólica en verdad. Algo de lo más escalofriante que he leído. Y puedo asegurarte que soy experto en ocultismo y magia negra. Libros antiguos, pergaminos, documentos que se afirma escritos por el

mismísimo Lucifer, han estado en mí poder. Valiosos incunables. Manuscritos de hombres poseídos por el diablo, donde relatan visiones del Reino de las Tinieblas, demoníacas orgías, sacrificios, ritos infrahumanos... Todo eso ha desfilado por mis ojos. Es un material que se cotiza mucho, Bob. Te sorprendería saber las cantidades que se pagan por un viejo libro de magia negra. Hay muchos... coleccionistas.

Bob depositó el libro sobre una destartalada mesa.

—No me sorprende, Basil. Todos estamos locos. Se busca el Más Allá. Lo sobrenatural y demoníaco. El presente nos aburre.

—¿No te quedas con el libro?

—No me interesa. Quería conocer amplios detalles sobre la baronía de Dörstwinger. El libro no es muy extenso.

—El autor de “Herederos y siervos de Satán” es un principiante. No te puedo hablar de Dörstwinger, pero sí de su bella baronesa Eanna van Koerst.

Bob había sacado su paquete de cigarrillos. Interrumpió el iniciado ademán de llevarse el cigarrillo a los labios para dirigir una inquisitiva mirada a Basil.

—¿Sabes algo de ella?

El viejo sonrió. Su figura hacía juego con el decorado. Sucio, maloliente, repulsivo...

—Hace años acudí a la subasta anual de Tonopah.

—¿Tonopah? ¿Ese pueblecito cercano a Engelsville?

—Sí. Se subastaban toda clase de antigüedades. De entre los libros encontré ejemplares del “Playwood Clarion”. Una ciudad del viejo Oeste ahora ya abandonada. Adquirí todo el lote, aunque solo me interesaban los periódicos. Tengo por costumbre comprobar uno a uno los libros adquiridos. Página por página. En uno de aquellos libros encontré un amarillento pergamino. De últimos de siglo XVIII. Firmado por Eanna van Koerst, baronesa de Dörstwinger.

—¿Hablas en serio, Basil? ¿Dónde está ese pergamino?

Basil no pareció oírle.

Tenía los ojos en blanco. Como en éxtasis. Siguió su narración con emocionada y ronca voz.

—Un pergamino de incalculable valor, Bob. Pude leerlo. Allí se dictaban las normas de la secta. Las reglas a cumplir por “Las novias del Infierno”. Una serie de ritos, sacrificios, ceremonias, espeluznantes orgías... Todas en honor del barón de Dörstwinger. En honor del diablo.

—¿Dónde tienes el pergamino, Basil?

Basil chasqueó la lengua.

—No está en venta. Decidí no venderlo. Es algo... algo extraordinario, Bob. Te aseguro que el mismísimo diablo guió la mano de Eanna van

Koerst al dictar esas normas.

—“Las novias del Infierno”... ¿Ese es el nombre de la secta?

—Sí. Tras leer el pergamino decidí guardarlo celosamente. También yo soy un coleccionista, Bob. Tengo en mí poder incunables que harían palidecer de envidia al mejor museo del mundo.

—Yo no quiero ese pergamino, Basil. Solo me interesa conocer su contenido.

—¿Por qué? ¿Para escribir un libro?

Bob había encendido el cigarrillo. Lo succionó repetidamente. Con nerviosismo. Por primera vez se percató de que su deseo no era escribir una novela sobre aquella escalofriante historia. Estaba obsesionado. Le inquietaba lo ocurrido a Wally y Lupo, la misteriosa desaparición de la lápida...

Sí.

Ese era su verdadero deseo.

De no encontrar una respuesta a todo aquello, terminaría por volverse loco.

—No, Basil. No voy a escribir ningún libro. En Playwood, ese pueblo abandonado en el desierto, descubrí casualmente una tumba. En la lápida figuraba el nombre de Eanna van Koerst, baronesa de Dörstwinger.

Basil palideció.

—¿Es... eso cierto?

—Sí, Basil. Pero si tu curiosidad te lleva a Playwood, perderás el tiempo. La inscripción ha desaparecido de la lápida.

Basil se dejó caer en su vieja silla. Todo el mobiliario era mísero. Basil era incapaz de despilfarrar un centavo. Almacenaba su capital bajo el colchón. Miles de dólares que todas las noches contemplaba con codiciosos ojos.

—En el pergamino de Eanna van Koerst está la respuesta, Bob. A su muerte, “Las novias del Infierno” esperarían cincuenta años para proceder a su reencarnación. Realizarían él... experimento para volver a la vida a Eanna van Koerst. Así se ha hecho desde el siglo XVIII. Eanna van Koerst era reencarnada una y otra vez. Permitiéndole cincuenta años de reposo en la tumba.

Bob, con leve ironía, dijo:

—Sigue, Basil. Tu historia es muy interesante.

—La primera Eanna van Koerst fue enterrada en un cementerio privado de Ámsterdam. Cincuenta años más tarde, su cadáver desapareció de allí misteriosamente. Volvió para dirigir a “Las novias del Infierno”.

—¿Dice el pergamino que resucitó?

—Pues... no. Es algo más monstruoso, Bob. La primera Eanna van Koerst era una mujer maravillosa. De extraordinaria belleza. El pergamino

la describe en anotaciones hechas por sus sucesoras, Eanna van Koerst tenía los ojos azules, el pelo rubio como el fuego, las manos blancas y perfectas... Todo en ella era perfecto.

—Acabas de contradecirme, Basil. Has nombrado a las sucesoras de Eanna van Koerst. Eso quiere decir que no hubo reencarnación.

—También te mencioné el experimento que llevan a cabo “Las novias del Infierno”. Esperan cincuenta años. Los dedican a prácticas demoníacas. Madurando el experimento a realizar para que Eanna van Koerst vuelva a estar entre ellas. Solo son necesarias cuatro cosas: el corazón de una doncella, unos ojos azules, una rubia cabellera y unas manos femeninas de perfecto trazo.

Una tenue palidez se apoderó de las facciones de Bob.

Parpadeó incrédulo.

Horrorizado.

—¿Quieres decir...?

—Sí, Bob. “Las novias del Infierno” se lanzan a la búsqueda. Reunidos esos órganos, arrebatados a inocentes víctimas, tiene lugar la invocación a Satán. Este se presenta en la ceremonia. De los restos humanos conseguidos tomará forma Eanna van Koerst. Y el Príncipe de las Tinieblas, siguiendo el rito, se desposará nuevamente con ella.

Bob arrojó el cigarrillo.

No pudo evitar un escalofrío.

—Todo eso es absurdo, Basil. Brujerías y hechizos fuera de lugar en pleno siglo XX. La historia es demasiado diabólica para ser real.

—Está dictada por Satán.

—¡Y un cuerno!

—No te burles, Bob... no te burles... Tras leer el pergamino permanecí varios meses sin conciliar el sueño.

—“Las novias del Infierno”... ¿Solo mujeres en la secta?

—No. Son en efecto ellas quienes la controlan guiadas por Satán, pero también cuentan con siervos. Cinco hombres.

Nunca más de cinco. Sí uno muere, es reemplazado, pero sin sobrepasar ese número.

—¿Y cuántas... “novias”?

—Trece.

Bob esbozó una sonrisa.

—Mal número.

Basil movió la cabeza con apesadumbrado gesto.

—Haces mal en burlarte, Bob... Máxime teniendo pruebas.

—¿Pruebas?

—Dices que la inscripción desapareció de la lápida. Apuesto a que no hay ningún cadáver en la fosa. ¿Sabes lo que eso significa, Bob? “Las

novias del Infierno” han iniciado la búsqueda. Van a... reconstruir a Eanna van Koerst. Primero necesitan el corazón de una muchacha, luego unas manos, unos ojos azules... Un monstruoso procedimiento que solo puede ser ideado por la mente de Satán.

* * *

Basil volvió a denegar con enérgico movimiento de cabeza.

—No, Bob. No insistas.

—No quiero quedarme con el pergamino, Basil. Ni tan siquiera lo sacaré de aquí. Lo consultaré en tú presencia, ¿de acuerdo? Quiero conocerlo en todo detalle. Tú me has narrado a grandes rasgos la historia, pero me interesa saber los ritos de la secta, sus métodos, la forma de llevar a término ese... experimento. Me resulta imposible creer en una secta fundada en el siglo XVIII que perdure en nuestros días. Es absurdo.

—Entonces, olvídalos.

—Tampoco puedo hacer eso, Basil. Me quedaría la duda. Sé que en la actualidad existen infinidad de sectas cuyos fanáticos miembros hablan con los espíritus, proliferen los médiums, las sociedades secretas, la magia negra... Quiero conocer el verdadero poder de “Las novias del Infierno”.

—No sé dónde está el pergamino, Bob. Lo guardé en ese armario.

Basil señaló hacia la puerta empotrada en la pared.

—Ahí se amontonan gran cantidad de libros, documentos, manuscritos, dibujos... Todo ello de gran valor. Encontrar el pergamino de Eanna van Koerst me llevaría mucho tiempo.

—Te pagaré ese tiempo, Basil.

Los diminutos ojos de Basil adquirieron un codicioso brillo que ya les era característico. Por un puñado de dólares era capaz de encuadernar a su abuela por fascículos.

—¿Sin que el pergamino salga de aquí?

—*Okay*, Basil. Te pagaré solo por leerlo. Cien dólares.

El viejo profirió una sonora carcajada.

—Eres muy gracioso, Bob. Quiero quinientos. Ni un centavo menos.

Bob no titubeó.

Estaba demasiado obsesionado para dudar. Puede que en aquel pergamino encontrara explicación a los misteriosos y sangrientos sucesos del cementerio de Playwood.

—*Okay*, Basil.

—Te espero esta noche. Tarde. A partir de las nueve. Para entonces habré localizado el pergamino. No olvides los quinientos dólares, Bob.

—Cuenta con ellos.

Bob abandonó la trastienda.

Al pisar Stamps Avenue inspiró profundamente. La contaminada atmósfera de San Francisco era una delicia tras soportar el nauseabundo hedor de la librería de Basil.

Se acomodó en el interior del “Ford”.

Quinientos dólares era una respetable cantidad. Máxime para un escritor.

Bob tenía ultimado el borrador de la tercera novela relativa a Wounded Knee. Pensaba presentársela a Roy Morgan a finales de año. Pero ahora...

Las perspectivas eran malas.

Su idea de seguir investigando a “Las novias del Infierno”. Y ello significaba dejar de escribir. La única solución era entregar el original de Wounded Knee a Roy Morgan.

Sí.

Era la única forma de nivelar su presupuesto tras el desembolso que debía efectuar a Basil. Y los posibles gastos que saldrían de su investigación sobre Eanna van Koerst.

Bob descendió por Jones Street. Antes de llegar al cruce con Pacific Avenue, se desvió hacia Coolbrith Park. En una de las bocacalles, en el 782 de May Street, tenía su apartamento.

Estacionó el “Ford” en zona prohibida.

Al descender del vehículo encaminó sus pasos hacia un “steak housse” situado a poca distancia.

El local era acogedor. Decorado con buen gusto. Discreto. Y servían los más gruesos y jugosos “beefsteaks” de San Francisco. El individuo del mostrador le saludó con cordial sonrisa.

—Hola, Bob. ¿Lo de siempre?

—Ajá. Pero hoy doble dosis de ginebra en el *martini*. Más tarde te diré el menú. Ahora voy a hacer una llamada.

Bob recorrió el local para introducirse en la cabina telefónica. Su dedo índice se deslizó por el dial marcando un número.

Una cansina voz le llegó a través del micro.

—¿Sí?

—Hola, Chuck. Te habla Bob Harrison.

La voz del comunicante se hizo más entusiasta.

—¿Qué hay muchacho? Lo pasamos en grande el otro día, ¿eh? Terminaste la velada con una pelirroja de endiabladas curvas. ¿Quién era, Bob? Me la tienes que presentar y...

—Echa el freno, Chuck. Estoy muy ocupado.

—¿Cuándo dejará de exprimerte Roy Morgan? ¡Envíale al infierno!

—Tengo el feo vicio de comer todos los días, Chuck. ¿Entra un anuncio en prensa?

—En la segunda edición. Lo de siempre, ¿no? “Experta mecanógrafa,

joven, para trabajo temporal con afamado escritor. Preferible con noventa y cuatro centímetros de busto, sesenta y uno de cintura y noventa y siete de caderas...”

Bob sonrió.

—Perfecto, Chuck. No olvides poner mi domicilio. Quiero que aparezca hoy sin falta.

—Tranquilo, muchacho. Hasta pronto.

—Adiós, Chuck.

Bob colgó el auricular.

No contaba con una mecanógrafa fija. Al principio sí contrató a una muchacha para pasar a máquina sus originales. Una mujer muy bonita. Llegaron a ser muy amigos. Pero aquello tenía un feo inconveniente.

El original estaba meses sin pasar a la máquina de escribir.

Desde entonces decidió insertar un anuncio solicitando mecanógrafa. Trabajo temporal. Cada original una mecanógrafa. Así evitaba el intimar demasiado con ellas.

Bob retornó al mostrador.

Algo irritado.

Imaginaba la cara de Roy Morgan al serle presentado el tercer libro de la trilogía de Wounded Knee. Su sonrisa irónica.

Bob trató de consolarse vaciando el *martini* de un solo golpe.

Encendió un cigarrillo.

Su vecino de taburete era un individuo calvo que despachaba con gran entusiasmo un grueso filete. Mojando el pan en la salsa. A su izquierda una otoñal dama de la alta sociedad. Cargada de joyas y de arrugas. Utilizaba con refinada elegancia el cubierto.

Bob dirigió una superficial mirada al menú.

Al fondo del largo mostrador funcionaba el televisor. Minutos musicales a cargo de una gran orquesta. “El lago de los cisnes”, de Tchaikovski. Buena música para acompañar el almuerzo.

Como un sedante.

Bob formuló su pedido al individuo del mostrador. Encendió un cigarrillo mientras le era servido. Sus grises ojos, en indiferente mirada, se posaron en el televisor.

Súbitamente la orquesta desapareció de imagen.

En la pantalla apareció el locutor de turno. Por la expresión de su rostro se adivinaba que era portador de malas noticias.

Su voz también sonó grave.

—Interrumpimos nuestros minutos musicales para comunicarles una noticia de última hora. Un asesinato. La víctima una muchacha de quince años. Por desgracia, no son novedad en San Francisco los casos de asesinato, pero en esta ocasión sí es noticia lo monstruoso del crimen. Algo

espeluznante. Diabólico. A la víctima le han arrancado el corazón.

La voz del locutor fue audible en el local.

La elegante y refinada dama cargada de joyas vomitó aparatosamente sobre el mostrador.

Bob ni tan siquiera tuvo ese consuelo. Un escalofrío se apoderó de él haciéndole temblar de pies a cabeza.

Conocía a los asesinos.

“Las novias del Infierno” habían cometido aquel monstruoso asesinato.

El primer paso para la diabólica resurrección de Eanna van Koerst.

CAPÍTULO 8

B

OB Harrison se cruzó con una ambulancia que circulaba haciendo sonar su sirena. Los viandantes la miraron con indiferencia. Sin el menor interés... Acostumbrados a aquel sonido.

Un infarto, un accidente de tráfico, un asesinato...

Aquello estaba a la orden del día en San Francisco.

Y no tenía interés.

Pero Bob sí se mostraba interesado. Sus manos se crisparon aferradas al volante del “Ford”. La palidez aún recubría sus facciones. Los ojos con un acerado brillo. Y la sangre golpeándole con fuerza en las sienes.

Llegó a Lenya Road.

Tres coches patrullas de la policía, con la luz roja girando en la capota, le indicaron el lugar. Agentes uniformados le hicieron enérgicas señas para que prosiguiera la marcha, sin detenerse; pero Bob estacionó cuatro manzanas más abajo.

Descendió del vehículo caminando hacia los coches patrulla.

De un estrecho callejón vio salir a un individuo de paisano junto con dos policías uniformados.

Bob trató de aproximarse, pero un agente le cerró el paso.

—¡Donald!

El individuo de paisano giró la cabeza ante la llamada de Bob. Hizo una seña al policía para que le permitiera el paso.

—Hola, Bob... ¿Qué haces por aquí?

Bob contempló fijamente a su interlocutor.

Jamás le había visto así.

Donald Cotton, teniente de la Brigada de Homicidios, era un hombre que jamás perdía el aplomo. A sus treinta y cinco años se le consideraba el policía más capacitado de todo San Francisco. Hombre de demostrada valía. Duro como el acero. Acostumbrado a todo.

Pero ahora el rostro de Cotton tenía una cadavérica palidez.

Un leve temblor en sus manos.

—Uno de los canales de televisión difundió la noticia.

—¿Desde cuándo te interesan los asesinatos, Bob?

Bob dudó.

¿Podría contarle al teniente la terrorífica historia de “Las novias del Infierno”?

No.

La historia era absurda. Demoníaca. Adecuada para las mentes del siglo XVIII. Leyendas para patanes.

Sin embargo...

Bob comenzaba a creer en ella.

—El crimen me impresionó, Donald. ¿Es cierto que...?

En el rostro de Donald Cotton se dibujó una amarga mueca.

—¿Recuerdas al sargento O’Henry? Uno de los veteranos de la Brigada de Homicidios. Más de veinte años luciendo el uniforme de policía. O’Henry vomitó y lloriqueó presa de los nervios. Algo espeluznante, Bob... El crimen más monstruoso que recuerdo.

—¿Quién era la víctima?

—Peggy Thomas. Quince años. Una chiquilla... Era huérfana. Pasó su infancia en un centro benéfico. Hace tan solo unas semanas fue adoptada por un matrimonio, los señores Williamson. Ya hablé con ellos. Peggy salió por la mañana, como todos los días, a sus clases de dibujo. Ya no volvieron a verla.

Bob desvió la mirada hacia el callejón.

—¿Fue... aquí?

—Ahí se encontró el cadáver. En un bidón de basura. La mataron en otro lugar. Los de dactiloscopia continúan trabajando. El asesino es un loco, Bob. Estoy seguro. Solo una mente enfermiza pudo cometer semejante crimen. Le arrancaron el corazón... ¿Te das cuenta, Bob? Brutalmente asesinada para arrancarle el corazón... Parece obra del mismísimo Satanás.

Bob se estremeció.

El teniente Cotton, inconscientemente, había nombrado al asesino.

Satán guiando a sus “novias”...

—Te dejo, Bob. Tengo mucho trabajo.

El teniente acudió hacia uno de los coches de patrulla. Con lentitud. Semiencurvado. No repuesto aún del macabro descubrimiento.

Bob giró sobre sus talones.

También su paso fue lento.

Al introducirse en el “Ford” consultó la esfera del reloj que reemplazó al robado por Wally y Lupo. Las seis.

Encendió un cigarrillo.

No había probado alimento en todo el día. Tras la noticia de la

televisión, fue incapaz de comer. Ahora, cuando ya muchos iniciaban la cena, seguía sin el menor deseo.

Solo pensar en comer le revolvía el estómago.

Bob puso en marcha el vehículo.

Aturdido por sus pensamientos. Creer en “Las novias del Infierno”, en la posible resurrección de Eanna van Koerst, era absurdo. Aunque... ¿cómo explicar todo aquello? La misteriosa desaparición de Wally y Lupo, la inscripción en la lápida...

¿Se había iniciado, con la muerte de Peggy Thomas, el proceso para él... experimento?

Nuevamente un escalofrío se apoderó de Bob. Imaginar aquella posibilidad le helaba la sangre.

El “Ford” había enfilado hacia la zona de Russian Hill. Concretamente en dirección a May Street. En su apartamento se daría una ducha fría. Y el tranquilizante poder de un “whisky” doble.

Estacionó próximo al 782 de May Street.

Minutos más tarde se introducía en el ascensor pulsando el botón correspondiente a la octava planta. Abandonó la cabina recorriendo un amplio pasillo. Su apartamento era el 7-A.

Bob parpadeó repetidamente.

Junto a la puerta de su apartamento parecía esperarle una mujer.

Una muchacha de seductora belleza. Muy joven. En sus gordezuelos labios se esbozó una sonrisa.

—¿Bob Harrison?

—Sí.

—Yo soy Oona Halliday. Tu nueva mecanógrafa.

* * *

Bob se sirvió el “whisky” doble.

Sus grises ojos contemplaron inquisitivamente a la mujer. Siempre había sido afortunado en la elección de las mecanógrafas, pero ahora ya era demasiada suerte.

La tal Oona era una perfecta copia de Raquel Welch. Puede incluso que mejorada.

Era muy joven. No más de veintidós años. Rostro sensual enmarcado por negro pelo. Cuerpo de diosa. Lucía un vestido *beige* de cuadrado escote. Al sentarse en el sofá del salón, la corta falda había subido más arriba de la mitad del muslo. Sus redondeadas caderas contrastaban con la cimbreante cintura.

Oona sonrió.

—¿Aprobada?

Bob se percató de lo insolente de su mirada. Pero no la rectificó. Sus ojos continuaron admirando el cuerpo de la muchacha.

—¿Aprobada? Algo más que eso, Oona. Te concedo matrícula de honor.

—¿Y las condiciones?

Bob fue hacia el sofá.

Con el vaso de “whisky” en su diestra.

—En el anuncio supongo que se indicaba que el trabajo es temporal. Sin someterse a un horario determinado. Un original manuscrito debe ser pasado a máquina.

—¿Cuántos folios?

—Alrededor de los cuatrocientos.

—En un par de semanas lo tendrás. Soy una de las mejores mecanógrafas de San Francisco.

Bob consultó el reloj.

—Y la única. No se ha presentado ninguna otra respondiendo al anuncio del periódico.

Oona sonrió.

—Llegó una candidata mientras esperaba... Le dije que la plaza ya estaba cubierta. Es lógico que no se presenten muchas más. Se desea un empleo fijo y no eventual.

—¿De cuántas horas puedes disponer?

—Actualmente estoy sin trabajo. Todas las horas del día en blanco. Me llevaré el original y de seguro que estará terminado antes de las dos semanas.

Bob chasqueó la lengua.

—El original no puede salir de aquí, Oona. Debo supervisar cada folio. Soy muy escrupuloso. Trabajarás aquí. Así también podré solucionar cualquier duda.

—De acuerdo, Bob. ¿Cuándo empiezo?

—Puedes echar un vistazo al original para hacerte una idea del trabajo. Está ahí en la biblioteca.

La muchacha se incorporó del sofá.

Con innato ondular de caderas fue hacia el mueble. En una de las estanterías se alineaban las novelas ya publicadas. Gruesos volúmenes. Muchos de ellos ya en su novena edición.

—¿Eres un buen escritor, Bob?

—¡Oh, sí! Siempre me quedo a las puertas del premio Nobel. Tienes el mueble-bar a tu disposición, Oona. Voy a cambiarme de ropa.

Bob abandonó el salón para dirigirse al dormitorio. Al no estar en presencia de Oona, nuevamente sus pensamientos fueron ocupados por la terrorífica historia de “Las novias del Infierno”. Por el brutal asesinato de

Peggy Thomas...

Aún faltaban algunas horas para su cita con Basil. Debía estudiar cuanto antes aquel pergamino. Actuar antes que “Las novias del Infierno” cometieran su segundo asesinato. Puede que en el pergamino encontrara alguna pista, algo que le permitiera adelantarse a los demoníacos planes de la secta.

Bob permaneció largos minutos bajo la ducha. Poco más tarde, luciendo nueva vestimenta, retornó al salón.

Oona había vuelto de nuevo al sofá. Reclinada por completo haciendo que la corta falda subiera hasta límites insospechosos. En sus manos el original. También había conectado el televisor. En la pantalla una mujer joven tocaba magistralmente el piano. La cámara enfocaba en un primer plano las manos de la mujer recorriendo el teclado.

Un corazón, unas manos, unos ojos azules, una rubia cabellera... Aquello era lo que necesitaban para que Eanna van Koerst retornara del Más Allá.

Ya tenían el corazón.

—Oona...

—¿Sí, Bob?

—Debo salir. Espero estar de regreso antes de una hora.

—Comprendo... Me marcharé y...

—No es necesario. Puedes quedarte si lo deseas. A mi vuelta tomaremos unas copas y te acompañaré hasta tu casa.

Los gordezuelos labios de la mujer dibujaron un sensual mohín.

—¿Te fías de mí, Bob? Puedo desvalijar el apartamento en tu ausencia.

—Conozco a las mujeres con un simple beso.

Se había inclinado sobre Oona. Ella echó el rostro hacia atrás ofreciendo sus tentadores labios. Bob los besó. Su diestra acarició la cintura femenina descendiendo por la redondeada cadera. Oona soltó el original para enroscar con sus brazos el cuello de Bob correspondiendo a la caricia.

Cuando se separaron, el rostro de Bob reflejaba un leve estupor. Había besado a infinidad de mujeres. De todas las nacionalidades. Creía estar ya de vuelta de todo aquello.

Sin embargo...

En el beso de Oona descubrió algo extraño. Algo... misterioso que le resultaba imposible definir. Sus labios despedían fuego. El mismo fuego que ahora brillaba en los verdes ojos de la mujer.

—¿Ocurre algo, Bob?

—No... Contemplaba tus ojos... Son...

Bob se interrumpió.

Los ojos de Oona ya no eran verdes. Al pasar aquel fuerte destello se habían tornado más oscuros.

La música cesó en el televisor siendo reemplazada por la voz del presentador. Fue aquello lo que desvió la atención de Bob. Instintivamente su mirada fue hacia la pantalla.

El presentador sonreía a la mujer del piano.

La voz del presentador deliberadamente afectada.

—Damas y caballeros... Sin temor a equivocarme, puedo decirles que la gran pianista Margaret Cole posee las manos más perfectas del mundo.

La cámara enfocó aquellas manos.

Y Bob palideció dominado por un macabro presentimiento.

* * *

El “Ford” ya circulaba por Stamps Avenue.

Bob adelantaba su cita con Basil. Lo había decidido durante la ducha.

Imposible esperar más tiempo. Debía conocer cuanto antes el contenido de aquel pergamino. Descubrir las demoníacas normas seguidas por “Las novias del Infierno” para realizar el experimento.

Margaret Cole.

“Las manos más perfectas del mundo”.

Sí.

Margaret Cole, la pianista, podía ser la segunda víctima.

Estacionó el automóvil a poca distancia de la librería de Basil. Descendió precipitadamente del vehículo.

A grandes zancadas acudió al establecimiento.

Dado lo avanzado de la hora permanecía cerrado. La persiana protegiendo la puerta semividriera.

Bob pulsó el llamador.

Sabía que Basil tenía allí su vivienda. Por eso, y al no recibir respuesta, decidió intentarlo por la puerta trasera.

Dobló la esquina del viejo edificio.

Se adentró en el estrecho callejón.

Envuelto en la oscuridad.

La puerta trasera aparecía entreabierta.

Bob empujó la hoja. Conducía directamente a una reducida cocina. Allí se veía también un destartado camastro. Basil habitaba en aquel estercolero.

Una segunda puerta comunicaba con la trastienda de la librería.

—¡Basil! ¡Soy Bob!

Bob empujó esa segunda puerta.

Y fue entonces cuando aquel corpulento individuo se abalanzó sobre él. Unos fuertes brazos trataron de inmovilizarle.

Sonó una voz femenina.

—¡Acaba con él, Grissom!

Bob descubrió a la mujer.

Estaba junto a una de las estanterías. Luciendo un traje-pantalón negro. Ajustado al cuerpo. Moldeándolo como una segunda piel. Resaltando sus provocativas curvas. Su cuerpo de diosa...

Pero Bob centró su mirada en el cinturón de la mujer.

Un cinturón con hebilla de oro. Circular. Y dentro de ese círculo la cabeza de Satán.

El escudo de la baronía de Dörstwinger.

Todo aquello pasó fugaz por la mente de Bob.

Desvió los ojos de la mujer. Debía prestar atención al llamado Grissom. Este había subido su brazo para atenazar el cuello de Bob.

Con intención de estrangularle.

Bob no se lo permitió.

Impulsó hacia atrás el codo derecho propinando un brutal golpe al estómago del individuo.

Acto seguido proyectó la cabeza contra el rostro de Grissom. Se escuchó un siniestro chasquido.

De la rota nariz del individuo brotó abundante sangre.

La mujer gritaba una y otra vez:

—¡Acaba con él! ¡Acaba con él, Grissom!

Pero Bob no le dio tregua.

A partir de entonces, los puños fueron protagonistas. El tipo se agachó y lanzó su puño hacia arriba, inesperadamente. Bob se desvió a un lado, parando el golpe con el hombro.

Aquel individuo era fuerte.

Bob trastrabilló hacia atrás, perdiendo el equilibrio.

No le gustaba utilizar los puños para dirimir una cuestión, pero sabía que en ciertos momentos no era posible soslayarlo. Solo deseaba terminar cuanto antes. Se acercó a su antagonista y le golpeó con fuerza.

Su puño le alcanzó en las costillas en un golpe de soslayo, ya que el otro intentó evitarlo.

Gruñendo, el tipo dirigió un violento rechazazo contra la mandíbula de Bob.

El dolor cruzó por la mente del joven como una ola de fuego.

Vaciló sobre sus pies.

Por segunda vez.

Aquel Grissom era más robusto de lo que parecía a simple vista.

Notó que se le venía encima con violencia, tratando de golpearle en la barbilla. Tenía los labios llenos de sangre y la nariz partida. Bob desvió el golpe con su brazo izquierdo y puso todo su peso en un fuerte rechazazo dirigido al estómago de su contrincante. Este gruñó mientras el aire salía en

un estertor de sus pulmones.

Bob le golpeó de nuevo, esta vez con la izquierda.

Permanecían de pie uno frente al otro, muy juntos y cambiando golpes.

La mujer miraba a los dos hombres como hipnotizada.

La corpulencia de aquel tipo le había dado resistencia, pero la habilidad pugilística de Bob resultaba una indudable ventaja para el joven.

Sin embargo...

Cualquier golpe de aquel corpulento individuo podía dejarle fuera de combate. Por eso prosiguió el castigo. Un rodillazo en el bajo vientre. Y con el filo de ambas manos un trallazo en la nuca.

El individuo se desplomó.

—¡En pie, Grissom! ¡En pie!

Bob sonrió jadeante.

Se aproximó a la mujer.

—No puede obedecerte, nena... Ahora tú y yo vamos a...

La mujer retrocedió de ágil salto.

De pronto, tendió su brazo derecho señalando a Bob. En los ojos de la mujer un siniestro brillo.

Su voz sonó como un trueno.

—¡Ayúdame, Satán! ¡Líbrame de él!

Bob sonrió burlón.

Pero aquella sonrisa se heló en sus labios. Un grito, más de sorpresa que de terror, brotó de Bob.

Una de las estanterías, como impulsada por la invisible mano del diablo, se desplomó sobre él.

Bob no pudo esquivarla. Su estupor le paralizó. Cayó bajo el peso de gruesos y mugrientos libros.

—Mátalo, Grissom. Ahora lo tienes a tu merced.

La mujer, tras proferir la orden, abandonó la trastienda por la puerta que conducía al callejón.

Grissom había llevado su diestra a la funda sobaquera. Extrajo una “Smith & Wesson” calibre 38 de recortado cañón. Sonrió cruel viendo cómo Bob se debatía entre la pesada estantería y los pestilentes libros.

El individuo manipulaba en un tubo silenciador que enroscó al cañón de la “Smith & Wesson”.

Bob atrapó uno de los libros. Pesado. Con cantoneras metálicas, “El arte de torturar”, por Ed Gray. Verdugo oficial de Londres.

Un libro muy antiguo.

Bob no se molestó en leer el grabado título.

Lo arrojó con fuerza. Alcanzando de lleno el rostro de Grissom. Este se tambaleó ante el brutal impacto. Cuando quiso reaccionar, ya era demasiado tarde. Bob había logrado incorporarse.

En acrobático salto se lanzó sobre Grissom.

Los dos hombres rodaron por el suelo de la reducida estancia.

Sonó un disparo. Una seca detonación. Como el descorchar de una botella de champaña.

Grissom quedó inmóvil. Todos sus movimientos cesaron bruscamente. En su rostro una mueca de dolor. En el forcejeo se había disparado la «Smith & Wesson». Dibujando un rojo orificio en el pecho del individuo.

Bob se apoderó del arma.

Corrió hacia la cocina para acto seguido saltar al oscuro callejón.

Ni rastro de la mujer.

Bob ya no tenía la menor duda.

Se había enfrentado a una de «Las novias del Infierno».

CAPÍTULO 9

D

ENTRO del armario metálico.

El lugar donde Basil guardaba sus libros más preciados. Los incunables que harían las delicias de cualquier museo. Dibujos, manuscritos, amarillentos pergaminos...

También él estaba allí.

Basil.

Doblado. Con la cabeza hacia atrás. Apenas unida al tronco. Bañado en sangre. Un leve movimiento haría rodar su cabeza. La sangre salpicaba aquellos valiosos libros. Los ojos de Basil desorbitados. En su rostro una mueca de indescriptible terror.

Bob cerró lentamente el armario.

No se molestó en buscar el pergamino de Eanna van Koerst. Sería inútil. Ya no estaba allí. Había vuelto a poder de «Las novias del Infierno».

Fue el pergamino lo que sentenció a Basil.

¿Cómo llegaron a saber que estaba allí?

También otra pregunta torturaba a Bob. Tenía la mirada fija en la caída estantería. La que le sepultó.

«Ayúdame, Satán».

«Líbrame de él».

Aquellas fueron las palabras de la mujer.

Y la pesada estantería cayó sobre Bob.

¿Quién la empujó?

¿La mano de Satán?

Bob encendió un cigarrillo. Lo succionó una y otra vez. Esforzándose en razonar. En encontrar una respuesta lógica a todo aquello. Había leído varios tratados de brujería y espiritismo. Uno de los poderes ocultos era la telequinesia. Desplazamiento de objetos por medio del espíritu del mal.

La mujer había invocado a Satán.

Y recibió su ayuda.

No ocurrió igual con Grissom. Este no recibió ayuda. Ya estaba en el

Más Allá. Junto con Wally, Lupo...

Bob se había inclinado sobre el caído.

Comenzó a registrar los bolsillos.

Encontró su cédula de identidad. James Grissom, nacido en Danville, Illinois, mecánico de automóviles con domicilio habitual en Los Ángeles... Unos doscientos dólares, un cortaúñas, pastillas de mascar, un *ticket* del último partido de los «Giants»... Y también un boleto de pedido de un supermercado de Dorns Hill. Era la copia. El propio Grissom había firmado el bono.

Bob guardó aquel objeto.

De todas las pertenencias de Grissom era lo único interesante. También se llevó la «Smith & Wesson».

No quiso permanecer por más tiempo en aquella lúgubre librería.

Al abandonar el comercio nuevamente experimentó el contraste. La agradable brisa nocturna estimulaba tras el mohoso hedor de los amarillentos libros.

Bob llegó junto a su «Ford».

Encendió un cigarrillo.

Por la calzada de Stamps Avenue pasó un chiquillo vociferando los diarios vespertinos y algunas publicaciones de mayor tirada. En uno de los vespertinos, en primera página, una fotografía con grandes titulares.

«Margaret Cole en San Francisco.

La gran pianista permanecerá dos días
en el hotel Oakland de nuestra ciudad».

Aquellas letras de molde bailaron ante los ojos de Bob.

Margaret Cole.

«Las manos más perfectas del mundo».

Bob se introdujo en el automóvil. Consultó la esfera del reloj. No regresaría a su apartamento a la hora fijada. Debía acudir al hotel Oakland. Ver a Margaret Cole. Comprobar que aún continuaba con vida.

Algo en su interior señalaba a Margaret Cole como la segunda víctima elegida por «Las novias del Infierno».

Inició la marcha.

El hotel Oakland era uno de los mejores de la ciudad. Enclavado en una de las bocacalles de Turk Street. A poca distancia del Old Federal Building.

Bob logró estacionar en el parking privado del lujoso hotel.

Al penetrar en el edificio, vaciló.

¿Qué iba a decirle a Margaret Cole? ¿Cómo advertirle del peligro?

Tal vez lo mejor fuera comunicarse con el teniente Donald Cotton.

Atravesaba la sala de recepción cuando sonó la voz.

—¡Eh, Bob!

Bob giró para enfrentarse con una muchacha de agraciado rostro. Muy bonita y joven. Cuerpo de suaves formas resaltadas por un «niky» acrílico de bordados tirantes. Completaba el atuendo un moderno pantalón acampanado.

Bob la besó en la comisura de los labios.

—Hola, Brenda... ¿Qué haces aquí?

—Motivos profesionales, Bob. Tenía concertada una entrevista con Margaret Cole.

—¿Ya la has realizado?

La muchacha denegó con gracioso mohín.

—No... La gran Margaret Cole me ha dado el esquinazo. Quedamos citadas en su «suite», pero no responde a mis llamadas. Dentro de poco llegará Chuck Ballard. También él iba a entrevistar a Margaret Cole. Nos citó a ambos con un intervalo de treinta minutos. Chuck y yo nos quedaremos sin reportaje. Y me sorprende. Margaret Cole no es como tú.

—¿Qué quieres decir, Brenda?

—Me invitaste a almorzar el jueves pasado, ¿recuerdas? Te esperé más de una hora en el «Starlight Room». Sin embargo, Margaret Cole jamás falta a su palabra. Le gusta quedar bien con la prensa. No comprendo este desplante. Extraño en una mujer como Margaret Cole.

Bob sí lo comprendía.

Palideció.

A grandes zancadas se dirigió al mostrador de recepción requiriendo la atención del conserje del hotel.

Bob dijo con alterada voz:

—Quiero que acuda a la habitación de Margaret Cole. Temo que le haya ocurrido algo.

Pero ya era demasiado tarde.

«Las novias del Infierno» habían actuado por segunda vez.

* * *

Hacía tan solo una hora que había actuado en directo para uno de los canales de televisión. Y ahora debía prepararse para un recital en la mansión del senador Sheffield.

Margaret Cole estaba acostumbrada a eso.

En Los Ángeles ocurrió otro tanto. Y en Salem, Salt Lake City, Phoenix, Denver... Toda su gira por el oeste de los Estados Unidos había ido acompañada por el éxito. Y con ello ni un momento de descanso.

Margaret Cole ocupaba cuatro habitaciones del quinto piso del hotel Oakland.

Ahora disfrutaba de una reconfortante ducha.

Margaret, con solo veintiocho años de edad, se había consagrado como virtuosa pianista. Su rostro, aunque sin destacar en belleza, era atractivo. Su cuerpo sí era perfecto. Como una escultura griega. Los senos túrgidos, la cintura estrecha iniciando la suave curva de las caderas.

El agua resbalaba por la bronceada piel.

—¡Anne!

La doncella no acudió a la llamada.

Margaret, tras unos minutos de espera, abandonó el baño semicubierta por una toalla. Pasó al dormitorio.

Y allí le esperaba una desagradable sorpresa.

Dos hombres y una mujer permanecían en el centro de la estancia.

La mujer lucía un traje muy ceñido. Negro. Destacando la hebilla de su ancho cinturón. Parecía de oro. Representaba la cabeza de Satán.

—¿Quiénes... quiénes son ustedes...? ¿Qué quieren...?

La pregunta de Margaret fue ignorada.

La mujer se dirigió a los dos individuos.

Con seca y autoritaria voz.

—Adelante. No perdamos más tiempo.

Los hombres se abalanzaron sobre Margaret. Esta intentó gritar, pero una mano taponó brutalmente su boca. Quedó inmovilizada por uno de los dos individuos.

La enlutada mujer estaba manipulando en un estuche.

Lo abrió.

En su interior un puñal turco. De ancha y curva hoja. Muy afilado. Resistente...

Margaret había sido arrastrada al cuarto de baño.

Uno de los individuos continuaba taponando su boca e impidiéndole todo movimiento. El otro hombre se había apoderado de su brazo derecho extendiéndolo sobre la bañera.

Los ojos de Margaret se desorbitaron.

Presa de terror.

Sin comprender lo que iban a hacer con ella.

Cuando vio entrar a la enlutada mujer creyó adivinarlo. Y el terror se acentuó en sus desencajadas facciones.

—Sujetadla bien.

No era necesaria aquella indicación.

Los dos hombres inmovilizaban por completo a Margaret Cole.

La enlutada mujer sonrió. En sus ojos un brillo diabólico. Alzó el afilado puñal para acto seguido dejarlo caer con salvaje violencia.

La mano derecha de Margaret fue cercenada de un solo tajo. Cayó al interior de la bañera. Salpicando de rojo las níveas paredes. Los dedos se

agitaron. Crispados. Como si tuvieran vida propia.

Segundos más tarde caía la mano izquierda de Margaret Cole.

* * *

El teniente Cotton se estremeció.

Sin poder evitarlo.

—¿Te das cuenta de lo que dices, Bob? Tu historia es... absurda. Estamos en pleno siglo XX. Ciertamente que proliferan las sectas cuyos miembros adoran a Satán, que la brujería vuelve a adquirir auge...

Se hallaban en el pasillo del quinto piso del hotel Oakland.

Bob señaló hacia una de las abiertas puertas del corredor. Policías y agentes de paisano deambulaban de un lado a otro.

—Ahí tienes las pruebas, Donald.

—Eso no confirma tu historia, Bob. Se ha cometido un doble asesinato. Margaret Cole y su doncella. Degolladas. Obra de un sádico asesino.

—Antes de que me permitieras entrar en la «suite» sabía cómo encontraría a Margaret Cole. Te lo dije. Te anticipé que le habrían amputado las manos.

—¡Sí, maldita sea! ¡Lo sabías! ¡Lo sospechabas! ¿Y por qué diablos no me advertiste a tiempo?

—¿Me hubieras hecho caso, Donald? Responde con sinceridad. ¿Habías ordenado proteger a Margaret Cole tras escuchar mi historia de «Las novias del Infierno»?

El teniente se mesó nerviosamente los cabellos.

—Tienes razón... Todo es tan... fantástico... Primero el salvaje y monstruoso crimen de Peggy Thomas, arrancándole el corazón. Y ahora las manos de Margaret Cole. Monstruoso...

—Coincide con la leyenda, Donald. Basil me lo dijo. Si hubiera conseguido el pergamino de Eanna van Koerst...

Donald Cotton movió la cabeza de un lado a otro.

Con energía.

—Me resisto a creer en esas diabólicas mujeres, Bob. El sargento O'Henry se encuentra ahora en la librería de Basil. Encontrará alguna pista. Investigaremos en la vida de ese tal James Grissom.

—¿Me necesitas para algo, Donald?

—No... Supongo que también estarás aturdido por los acontecimientos. Retírate a descansar. Mañana firmarás tu declaración en mi despacho.

—Suerte, Donald.

Bob fue hacia el ascensor.

Sí.

El teniente Cotton iba a necesitar mucha suerte para esclarecer aquellos

monstruosos crímenes. No eran vulgares asesinatos. Aquello formaba parte de un sangriento rito.

Bob llegó a la sala de recepción del hotel.

Gran número de periodistas eran controlados por policías uniformados.

Brenda acudió junto a Bob.

—Bob... ¿Qué ha ocurrido? ¿Por qué el teniente no permite que...?

—Lo lamento, pequeña. Nada puedo decirte. Donald Cotton me ha prohibido todo comentario.

—Pero...

—Adiós, Brenda.

Bob se zafó casi con brusquedad de la muchacha.

Abandonó el hotel.

Ya junto a su «Ford» vio llegar un deportivo «Corvette» que estacionó en el parking con estridente chirriar de frenos.

Reconoció el auto.

Chuck Ballard, el mejor periodista de San Francisco, llegaba con retraso.

—No es preciso que te precipites, Chuck. El teniente Cotton no permite la entrada.

Chuck Ballard descendió de su auto.

—¿Es cierto lo de Margaret Cole? ¿La han asesinado?

—Sí, Chuck.

—Voy a ver si consigo algo para mí periódico... Ah, Bob... Me olvidé de lo de tu anuncio. Mañana lo insertaré con recuadro y a tarifa normal. ¿*Okay*?

Bob palideció.

Retuvo a su amigo por el brazo.

—¿Quieres repetir eso, Chuck? ¿No has publicado el anuncio?

—No. Me olvidé de cursar la orden. ¿Qué ocurre, Bob? Supongo que no te enfadarás conmigo. Mañana aparecerá en el periódico y se presentarán guapas mecanógrafas a solicitar el empleo.

Bob no parecía oírle.

Continuaba pálido como un cadáver.

El anuncio solicitando mecanógrafa no había sido publicado.

Entonces...

¿Cómo pudo Oona Halliday presentarse y reclamar el empleo?

CAPÍTULO 10

B

OB Harrison penetró en su apartamento.

Tal como esperaba, la encantadora Oona había desaparecido. Ni rastro de ella. El salón parecía en orden. Sobre la mesa el original relativo a Wounded Knee.

Bob fue al mueble-bar.

Se sirvió cuatro dedos de «whisky» que vació de un solo golpe, Luego encendió un cigarrillo. Con el emboquillado humeando en sus labios se dedicó a recorrer el apartamento.

No.

Oona no le había esperado.

Oona... Bella y seductora como una diosa. Mujer de labios de fuego. De demoníaca mirada en sus misteriosos ojos...

Una de «Las novias del Infierno».

De eso estaba seguro. Solo faltaba saber los motivos que impulsaron a la mujer a presentarse ante él. ¿Con qué fin? Oona estaba dotada de ocultos poderes. Así se explicaba que conociera el anuncio antes de publicarse. ¿Quién le informó?

Él... barón de Dörstwinger.

Sí.

Tal vez el mismísimo Satán guiaba a sus «novias».

Bob terminó de inspeccionar el cuarto de baño, Al retornar al dormitorio se dejó caer en la cama. Se encontraba cansado, aunque no físicamente. Era su mente la fatigada. Atormentada por aquellos monstruosos acontecimientos. Por los sangrientos crímenes...

Bob extendió la mano para depositar el cigarrillo en el cenicero.

Y entonces lo vio.

Su encendedor de oro.

Estaba allí. Sobre la mesilla de noche. El encendedor de oro que le fue robado por Wally y Lupo en Playwood.

Bob se incorporó de un salto. Con incrédulos ojos contempló el

encendedor. Oona se lo había devuelto.

¿Por qué?

«Las novias del Infierno» se lo arrebataron a Wally y Lupo. Por las grabadas iniciales sospecharon que pertenecía a Bob.

Y se lo habían devuelto.

Bob lo atrapó. Apenas sus dedos rozaron el dorado metal, sufrió como una descarga eléctrica. Un alarido de dolor brotó de su garganta. Cayó de rodillas retorciéndose por el suelo.

Tenía el encendedor en su diestra. Quería soltarlo. Librarse de él. Pero su mano no le obedecía. Sus dedos continuaban aprisionando el encendedor.

Bob sentía su cabeza próxima a estallar.

Como dos punzones perforando sus sienes.

De pronto aquel lacerante dolor cesó para dar paso a una placentera calma. Los crispados dedos de su diestra se abrieron soltando el encendedor.

Bob se incorporó.

Lentamente.

Como un autómatas fue hacia el ventanal del dormitorio. Abrió la hoja. La brisa nocturna azotó su rostro. Se hallaba en un décimo piso.

Bob pasó su pierna derecha por el marco del ventanal.

Dispuesto a arrojar al vacío.

En ese instante resonó el timbre del teléfono.

Bob pareció despertar de un profundo sueño. Parpadeó repetidamente sacudiendo la cabeza. Retrocedió del ventanal al percatarse de su peligrosa posición.

—Malditas... malditas brujas...

Su voz sonó ronca.

Dura.

Fue hacia el teléfono que continuaba sonando. Descolgó el auricular.

—¿Sí?

—¿Bob? Soy Chuck. Oye, muchacho... Me han informado de que has estado en la «suite» de Margaret Cole. Somos amigos, Bob... ¿Por qué no me anticipas algo para mí periódico?

Bob esbozó una sonrisa.

—Te prometo el mejor reportaje de tu vida, Chuck. Te lo has ganado por calvarme la vida.

—¿Qué yo...?

—Adiós, Chuck.

—¡Bob!

Bob colgó el micro.

A sus pies estaba el encendedor de oro. Sin abandonar la sonrisa de sus

labios, se inclinó para recogerlo.

No le sucedió nada.

—Empezamos a conocernos, malditas brujas... Ya no jugaréis más con mi mente... Sé cómo combatiros... Sé cómo exterminar vuestro satánico poder...

* * *

—¿Está seguro?

El individuo del supermercado asintió.

—Usted habla de James Grissom, ¿no? Dos veces a la semana se deja caer por aquí. Mientras le preparo el pedido se atiza cuatro o cinco copas de ginebra en la cafetería. El tipo es como una esponja.

—¿Abona el pedido?

—No. Mensualmente, presento la factura en la mansión de Elena Kramer. Grissom es su chófer particular. Habrá oído hablar de Elena Kramer, ¿verdad?

—¿La médium de Nueva Orleans?

—Sí, amigo. ¡Algo prodigioso! ¡Mil dólares por sesión!

Políticos, magnates de la alta sociedad... Todos acuden a Elena Kramer. Aseguran que tiene poderes sobrenaturales. Dicen que ha permanecido años en el Tíbet, la India, China, conviviendo con fetichistas africanos... Cada mes, cuando tengo que presentar mi factura en aquella casa, tiemblo de pies a cabeza.

—Gracias por su información.

Bob abandonó el supermercado.

Se hallaba en Dorns Hill.

Una de las zonas del extrarradio de San Francisco. De allí partía una de las carreteras que enlazaban con la autopista de la costa en dirección a San Bruno.

El nuevo día había amanecido gris.

Una lluvia, suave aunque persistente, caía desde las primeras luces del alba.

Bob se acomodó en el «Ford».

Pensativo.

¿Elena Kramer una de «Las novias del Infierno»?

El fulano del supermercado había dicho la verdad. Políticos, grandes magnates, gente importante... acudían a Elena Kramer. Una médium famosa. La de más poder de Estados Unidos. Científicos y expertos en parapsicología trataron de desenmascararla. Fue en vano.

Los poderes de Elena no eran mera superchería. Se comunicaba con los espíritus. Ralph Kennedy, profesor del Departamento de Psicología, para

probar el poder de Elena Kramer, sugirió con marcada ironía que hiciera aparecer a su difunta esposa.

Y sucedió.

La difunta esposa de Ralph Kennedy se presentó ante los aterrados ojos de este. Envuelta en gasas. Despidiendo un suave perfume. Flotando en el aire. Procedente del Más Allá...

Ahora, el escéptico Ralph Kennedy era uno de los más fervientes admiradores y defensores de Elena Kramer.

¿Y por qué no?

Bob puso en marcha el auto.

Circuló por Brolyn Road para luego enfilar por la comarcal que serpenteaba paralelamente a la costa. Jamás había estado en la mansión de Elena Kramer, pero conocía su emplazamiento. Era en efecto una de las médiums más famosas. El espiritismo contaba con grandes adeptos. Hombres y mujeres que deseaban comunicarse con amigos o familiares muertos, que querían sumergirse en el fantasmagórico mundo del Más Allá... Todo previo pago de mil dólares por sesión.

De ahí que la clientela de Elena Kramer fuera selecta. El senador Holden, el propietario de la Hackett Oil, los grandes del cine... e incluso alguna personalidad de Washington buscaba respuesta a sus problemas por medio de Elena Kramer. Ella, conocedora del pasado y del futuro, proporcionaba sabias respuestas. Al módico precio de mil dólares.

Bob dobló el volante hacia una de las bifurcaciones. Se adentró por un nuevo camino. Sin asfaltar. Escoltado por frondosos árboles. Elena Kramer había elegido su mansión fuera de San Francisco. En una zona de acantilados próxima a la costa. Sobre uno de ellos se alzaba la casa.

Bob sonrió al divisarla.

La casa era acorde con la profesión de Elena Kramer. Tétrica, misteriosa, aislada... Construcción sólida y carente de todo adorno exterior. Grande. De una sola planta. Sin muralla de protección.

Estacionó frente al porche de la casa.

Aún no había descendido del «Ford» cuando un individuo acudió a recibirle.

—Elena Kramer le espera, señor Harrison.

CAPÍTULO 11

B

OB Harrison siguió al individuo hasta un amplio salón.

El mobiliario era reducido. Una mesa circular y varias sillas. Era allí donde se realizaban las «sesiones». En torno a aquella mesa. Unidas las manos. Siguiendo las indicaciones del médium.

Una silla diferente a las demás. De respaldo más alto y artísticamente trabajada. Tras aquella silla, un negro cortinaje que cubría toda la pared.

Bob había presenciado en Londres un experimento espiritista. El médium se ocultaba tras el clásico cortinaje. Y desde allí invocaba a los espíritus. A los muertos que debían hacer su aparición. La mesa se elevaba del suelo. Se oían los siniestros golpes secos con los cuales los espíritus daban a conocer su presencia, los objetos caían misteriosamente.

Por ello no le sorprendió el fantasmal decorado.

Bob se percató de que estaba solo. El individuo que le acompañara había desaparecido.

De pronto, una voz sonó a su espalda.

—Bienvenido, señor Harrison.

Bob giró sobre sus talones.

Frente a él una mujer. De unos treinta años. Bella como una ninfa. Su escultural cuerpo provocativamente moldeado por aquel traje-pantalón negro. El cinturón muy ajustado. La hebilla de oro con la cabeza de Satán. La mujer llevaba sobre sus hombros una larga capa.

—Hola, señorita Kramer.

—¿Me conoces?

Bob sonrió.

Aceptando el tuteo.

—No tan bien como tú a mí. Leí un artículo sobre tus mágicos poderes en una revista. Publicaban tu fotografía a toda plana. Creo recordar que fue en el año 1972. Sigues igual de joven, Elena. ¿Algún tratamiento especial de belleza exclusivo del Averno?

—Y tú sigues igual de irreverente, Bob. ¿No te ha sorprendido que

esperara tu llegada?

—¿Quieres decir si me ha impresionado? No, Elena.

—Muy audaz, Bob... Como un héroe de tus novelas. Te has presentado a mí. Solo. Desafiante... Esa oculta «Smith & Wesson» de poco te va a servir.

Bob volvió a sonreír. Tampoco le afectó que descubriera la escondida arma. Era consciente del diabólico poder de Elena Kramer.

—No espero utilizarla.

Los ojos de la mujer eran oscuros. Negros como el ágata. Sin embargo, adquirieron tonalidades verdes. Relampaguearon.

—No he ordenado quitártela, Bob. Sé que no podrás utilizarla. Es lamentable tener que matar a un hombre como tú. Pecas de inteligente, Bob. Tu incredulidad te ha llevado a descubrir muchas cosas. Ahora sabes demasiado. Por eso debes morir. Te he sentenciado.

—¿También Lupo y Wally sabían demasiado?

Elena sonrió.

—No... Ellos murieron por profanar la tumba de nuestra baronesa. Por molestar el reposo de Eanna van Koerst.

Desgraciadamente para ellos estábamos en Playwood cuando llegaron. Nos disponíamos a trasladar los restos de Eanna a San Francisco para proceder a la reencarnación. Las cabezas fueron ofrecidas a la baronesa de Dörstwinger en señal de desagravio por la profanación.

—Ya. Y la sangre de Wally y Lupo borró la inscripción de la lápida.

—Simplemente, ordené dar la vuelta a la losa. Sencillo, ¿verdad? Ignorábamos tu presencia en Playwood, Bob. Nos pasó inadvertida. Hubiera ordenado tu muerte. Sin embargo mi clarividencia sí me advirtió de tu llegada con el “sheriff” de Engelsville. Lupo y Wally fueron enterrados en una de las tumbas del cementerio. Abandonamos la zona en un helicóptero.

—Y el pobre “sheriff” buscando huellas de neumáticos.

—El “sheriff” Temple olvidó lo del cementerio. Es un hombre prudente y temeroso. Tú seguías investigando. Y eso te perdió, Bob. También yo ordené seguir tus pasos. Oona, una de las «novias» de la secta, fue la encargada de vigilarte.

—Cometió el error de presentarse a un anuncio que todavía no había aparecido en el periódico.

—¿De veras? Oona leyó tu pensamiento cuando telefoneabas a tu amigo periodista. También, en tu apartamento, leyó tu intención de adelantar la cita con Basil. Nos has prestado un gran servicio, Bob. Solo existen dos pergaminos escritos de puño y letra por Eanna van Koerst. Uno de ellos se perdió en Playwood. Durante el entierro de la última Eanna. Fue a parar a manos de ese bastardo de Basil. Gracias a ti lo hemos recuperado.

El pergamino será enviado a nuestras hermanas de Holanda.

Bob arqueó las cejas.

Antes de que formulara pregunta alguna, Elena prosiguió:

—«Las novias del Infierno» es una secta formada por trece mujeres. Siete en Estados Unidos y seis en Holanda. La última Eanna van Koerst murió aquí. Por eso será aquí donde vuelva a la vida. Nos hemos congregado todas las «novias» para celebrar el acontecimiento. Faltan las de Holanda, pero estarán presentes con su espíritu.

—Volver a la vida mediante él... experimento.

—Eso es. No hay duda de que sabes demasiado. Ignoro cómo lograste salir con vida de mi hechizo.

Bob sonrió burlón.

—¿Hechizo? No me consideres estúpido, Elena. La telepatía está demostrada. Por supuesto que Oona pudo leer mi pensamiento. En cuanto al hechizo del encendedor, puedo definirlo como hipnosis a distancia. Me hiciste creer que padecía terribles dolores. Una voz en mi interior me ordenaba arrojarme por la ventana. Mi mente era tuya. Sin voluntad. Pero una simple llamada telefónica me despertó. Comprendí el juego.

—Lo sospeché, Bob. Estabas alerta. Imposible «comunicarme» contigo otra vez y someter tu voluntad. No era nuestra intención matarte. Oona debía comunicar hasta dónde llegaban tus descubrimientos. Sabías demasiado. Y eso te sentenció.

Bob extrajo su paquete de cigarrillos.

Aparentando una indiferencia que estaba muy lejos de sentir.

—Oye, Elena... Reconozco tus poderes. Todo el mundo los admira. Importantes personalidades acuden a ti. Eres una médium de gran poder. Los parapsicólogos han estudiado tus portentosos... milagros.

—Sin encontrar explicación. El poder me lo proporciona Satán. ¡El barón de Dörstwinger!

Bob tragó saliva.

Se esforzó en dominarse. En disimular el escalofrío que recorrió su espina dorsal.

—Existen personas dotadas de extraños poderes. Unos los utilizan para el bien... otros para el mal. Los científicos denominan «percepción extrasensorial» a la facultad de clarividencia y telepatía. No son poderes exclusivos de «Las novias del Infierno».

—Una de las «novias» demostró su poder en la librería de Basil. ¿Lo recuerdas? Derribó una de las estanterías sobre ti. Sin tocarla. Invocando la ayuda de Satán. ¿Qué respondes a eso?

—Suceso paranormal.

Elena rio en cantarina carcajada.

—Por favor, Bob... Imitas a los parapsicólogos descaradamente. Ellos

utilizan ese término cuando son incapaces de dar una respuesta satisfactoria a mis poderes.

—Eres una simple aprendiz de bruja.

—Brujería... De eso acusaron a la baronesa de Dörstwinger en el siglo XVIII. Fue decapitada. El hacha... Feo instrumento, ¿verdad? Muy utilizado antiguamente en Inglaterra, Francia, Holanda... Satán se desposó con Eanna van Koerst. La hizo volver a la vida tras el sacrificio de varias doncellas de Dörstwinger. Eanna van Koerst dictó las reglas de la secta. Y nosotras las seguimos fielmente. Adorando a los barones de Dörstwinger.

—Basil me mencionó superficialmente esas reglas. Cincuenta años de espera antes de «resucitar» a Eanna van Koerst.

—Así es... La última Eanna van Koerst murió hace cincuenta años. Fue enterrada en Playwood. Un pueblo abandonado en el desierto. Allí nadie quebrantaría su reposo temporal. Ahora sus restos están aquí. En esta casa. ¿Quieres verlos antes de morir, Bob?

Elena no esperó respuesta.

Hizo correr el negro cortinaje. Extendió su brazo derecho. Una entrada secreta se abrió automáticamente en la pared.

La mujer se volvió hacia el inmóvil Bob.

Sonrió.

—¿Qué te ocurre, Bob? ¿Tienes miedo?

Bob fue sincero.

Sería ridículo negarlo.

—Sí, Elena. Pero mi curiosidad es mayor que el miedo. Te acompaño.

La oculta entrada se iniciaba con una pronunciada escalera.

Bob descendió tras la mujer. Al final de las escalinatas se veían varias cuevas. Parecían hechas en roca. En el subsuelo del acantilado donde se posaba la casa.

Bob llegó al último escalón.

Y en ese momento recibió un brutal golpe en la nuca que le hizo rodar sin sentido.

* * *

Cuando Bob recobró el conocimiento, se encontraba con las manos a la espalda. Encadenado a la pared. También sus tobillos unidos por gruesa cadena.

Pero lo más inquietante era la sala donde se hallaba.

Presidida por una cabeza de Satán de enormes proporciones. Situada en una especie de altar. De sus fauces, por entre los descomunales colmillos, brotaba fuego.

En la sala siete mujeres.

De igual vestimenta.

Negro traje. Brillante. Con el siniestro cinturón símbolo de la baronía de Dörstwinger.

Elena sonrió con sádica mueca.

—Te hemos esperado, Bob. No queremos que te pierdas el espectáculo. Ya casi todo está preparado. Falta un pequeño detalle para iniciar él... experimento.

Se abrió una puerta.

Un individuo, uno de los «siervos», penetró arrastrando por el cabello a una mujer.

Una muchacha rubia, de ojos azules.

Bob palideció.

Comprendiendo el significado de las palabras de Elena.

—No... no intentarás... no puedes cometer esa monstruosidad.

—Queremos que Eanna van Koerst regrese con nosotros, Bob. Es el deseo de todas nosotras. Y solo hay un modo de lograrlo.

La muchacha rubia se debatía desesperadamente. Sus gritos de terror eran desgarradores. El individuo la depositó sobre una mesa de piedra situada bajo el ídolo de Satán.

Oona, que se hallaba entre las allí reunidas, avanzó con un afilado estilete. Otra de las «novias» con un cuchillo de curva hoja.

—¡Malditas! ¡Malditas hijas del Averno! ¡Soltad a esa mujer! ¡Soltadla, malditas!

Elena no parecía oírle.

Hizo una leve seña con la cabeza.

La mujer del cuchillo atrapó los rubios cabellos de la víctima. Oona aproximó el estilete a los azules ojos de la indefensa muchacha.

Bob se mordió con fuerza los labios. Hasta hacerlos sangrar. Golpeó la cabeza contra la pared. Gritó desesperado. Pugnando por librarse de aquellas cadenas.

Los gritos de Bob se entremezclaron con el espeluznante alarido de la muchacha.

CAPÍTULO 12

L

A mesa de piedra, aquel demoníaco altar, era rectangular.

Adornando las esquinas, cuatro columnas que sostenían sendos calderos conteniendo un líquido inflamable. Las llamas se elevaban voraces. Despidiendo un acre hedor. También de la boca de Satán seguían brotando intermitentes llamaradas.

Bob tenía la cabeza inclinada.

Vencido.

Las facciones desencajadas.

La impotencia y desesperación habían hecho enrojecer sus ojos. Las muñecas ensangrentadas, en su porfiar por soltarse.

Oona dijo con cruel mueca:

—No vas a poder presenciar el experimento, Bob. Es costumbre ofrecer al barón de Dörstwinger un sacrificio. La cabeza de un enemigo de la secta. Te hemos elegido a ti, querido.

—Malditas... malditas...

—Tranquilízate, Bob. Procura morir con dignidad. Bellas mujeres van a presenciar tu sacrificio. Hoy es un día grande para nosotras. Nos hemos reunido todas las «novias». Martha llegó desde Virginia, Dorothy desde Alabama, Julie dejó su mansión de Missouri... Todas somos médiums de gran poder... Sí... Hoy es un gran día para nosotras...

Bob alzó la mirada.

Seis mujeres alrededor de la mesa. Sobre la piedra una bandeja de plata. Y en ella...

Bob vomitó.

En la bandeja estaban las manos de Margaret Cole. El corazón de Peggy Thomas. Los ojos de la muchacha recientemente inmolada, su rubia cabellera teñida ahora de rojo...

—Tu cabeza va a ser arrojada a la boca de Satán, Bob. Y después comenzará el ritual. Eanna van Koerst aparecerá entre nosotras.

—¡Malditas brujas endemoniadas! ¡Estáis locas! ¡Locas!

—Puedes gritar cuanto quieras, Bob. Desahógate. Te quedan pocos segundos de vida.

Oona dirigió una significativa mirada al individuo que estaba junto al altar. Sus manos sostenían una pesada hacha.

La mujer ordenó:

—Adelante. No perdamos más tiempo.

Bob se percató de la ausencia de Elena Kramer, No se encontraba en la sala.

—¿No esperamos a la gran sacerdotisa?

Oona sonrió.

—Celebro tu buen humor, Bob. Espero que lo conserves hasta el final. Elena está alimentando el fuego de Satán. No te preocupes. Me despediré de ella en tu nombre.

El individuo se había aproximado para liberar a Bob de la cadena que le sujetaba a la pared. Sus manos continuaron con grilletas. Solo le despojó de la cadena de las piernas.

Le propinó un empujón.

Bob trastrabilló.

Las seis mujeres rieron en estridentes carcajadas. Con los ojos brillantes. Con diabólicas muecas en el rostro. Dispuestas para la sangrienta orgía. Babeando convulsivas.

Bob llegó junto al altar de los sacrificios.

El individuo se inclinó para recoger el hacha.

Y Bob actuó.

Consciente de lo inútil de su acción. De que solo demoraba su muerte. Pero debía intentarlo.

Se apoyó en el individuo a la vez que propinaba un violento puntapié a una de las columnas. Esta se desplomó arrastrando en su caída a la más cercana. Los dos calderos se volcaron extendiendo el líquido inflamable. Las llamas se propagaron velozmente por el suelo, dibujando un amplio círculo. Envolviendo el satánico altar.

Bob no se dejó atrapar en aquel mortal círculo.

De ágil salto esquivó el río de fuego que paulatinamente adquiría gigantescas proporciones.

Corrió hacia la única puerta.

Intentó abrirla a puntapiés, pero la hoja de madera no cedió. Sus manos, encadenadas a la espalda, no alcanzaban el alto picaporte.

Los ojos grises de Bob buscaron desesperadamente otra salida.

En la sala el espectáculo era dantesco.

Las seis mujeres y el hombre habían quedado cercados por las llamas. Cuatro de ellas se retorcían por el suelo, profiriendo desgarradores alaridos. El individuo trató de salir, pero su salto quedó corto. Cayó arrastrando tras

de sí otra de las columnas. El hombre quedó convertido en una antorcha humana.

Oona sí había conseguido salvar el mortal círculo.

Rodó por el suelo pugnando por apagar el fuego que había prendido en sus ropas y cabello.

Bob quiso acudir en ayuda de la mujer.

Pero el fuego se hizo más intenso. Obligándole a retroceder hasta quedar arrinconado junto a la puerta. Las voraces llamas continuaban avanzando. En la sala un nauseabundo hedor a carne quemada.

No había salvación.

Bob se apoyó en la puerta.

La cabeza de Satán, aquel terrorífico ídolo, también estaba envuelta en llamas.

Parecía sonreír.

De pronto la puerta se abrió.

Bob, apoyado fuertemente en la hoja de madera, cayó hacia atrás. Unos brazos le sujetaron.

Los brazos del teniente Donald Cotton.

* * *

Bob parpadeó.

Aturdido.

—Donald... ¿Cómo... cómo es posible...?

—No es momento de explicaciones, Bob. ¿Hay alguien ahí dentro?

—Sí... aunque ya nada se puede hacer. ¿Has capturado a Elena Kramer?

—Acabo de entrar, Bob. Perdí unos minutos interrogando al individuo de arriba hasta que nos indicó la entrada secreta. Elena Kramer no estaba en la casa.

—Entonces la encontraremos en una de estas cuevas.

Cuatro hombres acompañaban al teniente Cotton. Estaban al pie de la escalera. Esquivando el fuego que ya amenazaba con alcanzar todo el sótano. Las llamas ya brotaban de la sala principal, ahora convertida en una sucursal del infierno.

—No podemos dedicarnos a buscarla, Bob. Sería suicida. El fuego nos cerrará la salida e incluso es posible que la casa se venga abajo.

—Quiero dar con ella.

—¡Bob!

Bob corrió por un pasillo abriendo las puertas de las cuevas que encontraba a su paso.

El teniente Cotton, después de proferir una soez maldición, decidió ir tras él.

En uno de los recodos descubrieron una última puerta.

Penetraron en la cueva.

Era reducida. De la pared del fondo también brotaban voraces llamas. Se veía la silueta de la cabeza de Satán. Su parte posterior. Tambaleándose dominada por el fuego.

Bob se detuvo, jadeante.

—Era aquí donde Elena suministraba el combustible para que el fuego brotara de la boca del ídolo.

—Ella no está. ¡Salgamos de aquí, Bob! ¡Cuanto antes! ¡Todo se va a derrumbar de un momento a otro!

—¡Allí!

Bob señaló hacia unos bidones de líquido inflamable situados en uno de los rincones. Tras ellos sobresalían los pies de una mujer.

Era Elena Kramer.

Yacía de bruces.

Bob y el teniente Cotton se inclinaron sobre ella. Al darle la vuelta, los dos hombres no pudieron evitar una mueca de asombro y terror.

El rostro de Elena se estaba derritiendo como la cera.

* * *

El teniente Cotton, cómodamente sentado tras la mesa de su despacho, terminó de leer la declaración de Bob. Se pellizcó el lóbulo de su oreja izquierda en pensativa actitud. Arrugó la nariz.

Bob permanecía en pie.

Junto al ventanal.

—¿Qué te ocurre, Donald? ¿Hay algo que no te guste?

—¿Gustarme? ¡Maldita sea! ¡Nada hay de agradable en este diabólico caso! ¡Nada! ¿Crees que puedo dar esta versión a la prensa?

—Es la verdad. Lo he explicado todo. Desde el principio del cementerio de Playwood, hasta lo ocurrido en la mansión de Elena. Sin omitir detalle.

—Sí, lo sé, pero... ¡Todo es tan irreal...! «Las novias del Infierno»... Una secta del siglo XVIII.

—Al acudir a la mansión de Elena deduzco que también sospechabas algo.

—¿Yo? Solo fui a investigar. Un trabajo rutinario. Solicité informes al FBI sobre un fulano llamado James Grissom. Estaba fichado. Últimamente, al emplearse en casa de Elena Kramer, parecía haber vuelto por el buen camino. Tiene gracia... Llegué a tiempo de salvarte el pellejo, Bob. Aún no puedo creer toda esta maldita historia.

—¿Olvidas los documentos encontrados en casa de Elena?

Correspondencia con las «novias» de Holanda, detalle de espeluznantes orgías y sacrificios, propagación de la secta...

—Ya he informado a la policía holandesa para que investigue sobre las «novias» de Holanda. De no ser por las inocentes víctimas sacrificadas, tomaría a burla esta secta. Existen cientos de ellas en los Estados Unidos. Se vanaglorian de comunicarse con los espíritus del mal. Todos son fanáticos.

—¿También «Las novias del Infierno»?

—¿Por qué no? Elena Kramer, según el dictamen del forense, murió de un ataque al corazón. Sin duda provocado por el voraz incendio. Se cubría el rostro con una perfecta máscara. Con injertos de piel humana. ¿Sabes lo que eso significa? Todo era una superchería. El experimento se realizaba siguiendo el ritual. ¡Y aparecía Elena Kramer! ¡Sin la máscara! Haciéndose pasar por la legendaria Eanna van Koerst. Y así continuaba la demoníaca tradición. Engañando a sus propios miembros.

—Es posible.

—¿Aún lo dudas?

Bob encendió un cigarrillo.

Quedó con la mirada fija en la nívea ceniza.

—Yo tengo otra versión. Elena Kramer utilizaba aquella máscara para simular una juventud que, lógicamente, se iba marchitando con el paso de los años. Con ello acrecentaba su aureola de poderosa médium.

—¡No digas tonterías, Bob! Elena se disponía a adquirir la personalidad de Eanna van Koerst. Por eso abandonó la sala. Terminado el combustible, Elena saldría de la boca de Satán, maravillando a sus compañeras convencidas de hallarse ante la gran baronesa de Dörstwinger.

—Sí... Puede que tengas razón...

—¿Acaso crees que de llevarse a cabo él... experimento, Eanna van Koerst volvería del Más Allá? ¿Todo bajo la batuta del mismo diablo?

Bob esbozó una sonrisa.

—El experimento no se llegó a realizar. Nos queda la duda, Donald. Siempre nos quedará la duda del verdadero poder de «Las novias del Infierno»...

PUNTO FINAL

R

OY Morgan descargó con violencia su puño derecho sobre la mesa escritorio.

—¡Maldita sea, Bob! ¡No te comprendo! Me amenazas con dejar de trabajar para mí si no acepto el original, y ahora te niegas a escribirlo.

Bob dedicó una burlona sonrisa a su editor.

—Soy muy voluble.

—¡Y un cuerno! ¡Quiero que escribas esa historia, Bob! Tú estabas en lo cierto. ¡Será lo más terrorífico que se haya publicado! La historia de «Las novias del Infierno» ha escalofriado a todo el país. ¡Solo tú puedes escribirla!

Bob señaló un envoltorio depositado en la mesa.

—Ahí tienes la tercera novela. Completada la trilogía de Wounded Knee.

—¡Al diablo con ella! Quiero que...

—No, Roy. No lo haré.

Roy Morgan, ante la firmeza de su interlocutor, resopló indignado:

—¿Por qué? Sería algo fabuloso. El mayor éxito de los últimos años. El libro se vendería como rosquillas. Al público le agradan las emociones fuertes. Las historias del Más Allá y...

—Tienes buenos especialistas en terror, Roy. Cualquiera de ellos puede escribirla.

—Tú la has vivido, Bob.

El rostro de Bob se ensombreció.

Sí.

Él la había vivido...

Demasiado satánica y monstruosa para recrearse en escribirla.

—¿Aceptas la tercera novela de Wounded Knee?

El editor terminó por sonreír ampliamente.

—Por supuesto, muchacho. ¿Cuál será tu próximo libro?

—Voy a descansar una temporada, Roy. Siguiendo tu consejo. Una

semana en Las Vegas con cargo a la editorial.

Morgan bizqueó.

—Oye, Bob. Yo no...

—Te mandaré una postal.

—¡Bob!

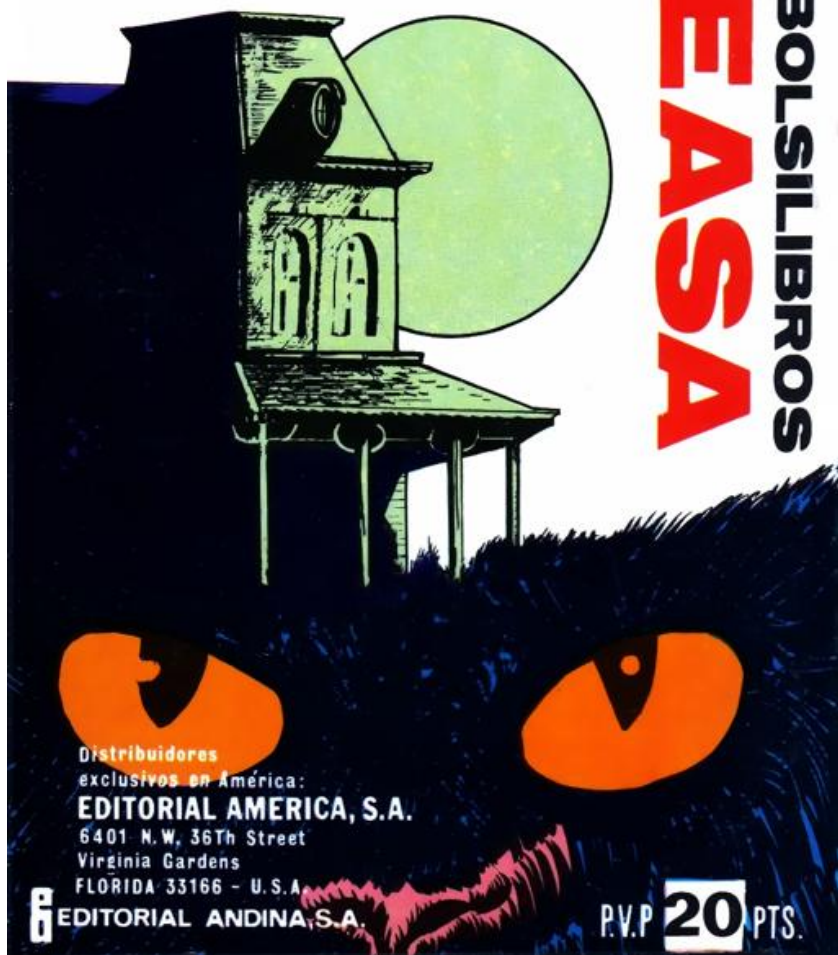
Una vez más Bob Harrison abandonaba el despacho del editor sin responder a la llamada.

F I N

TERROR

Una nueva
colección
avalada por el
sello de
prestigio

BOLSILIBROS
EASA



Distribuidores

exclusivos en América:

EDITORIAL AMERICA, S.A.

6401 N.W. 36th Street

Virginia Gardens

FLORIDA 33166 - U.S.A.

6

EDITORIAL ANDINA, S.A.

P.V.P. **20** PTS.